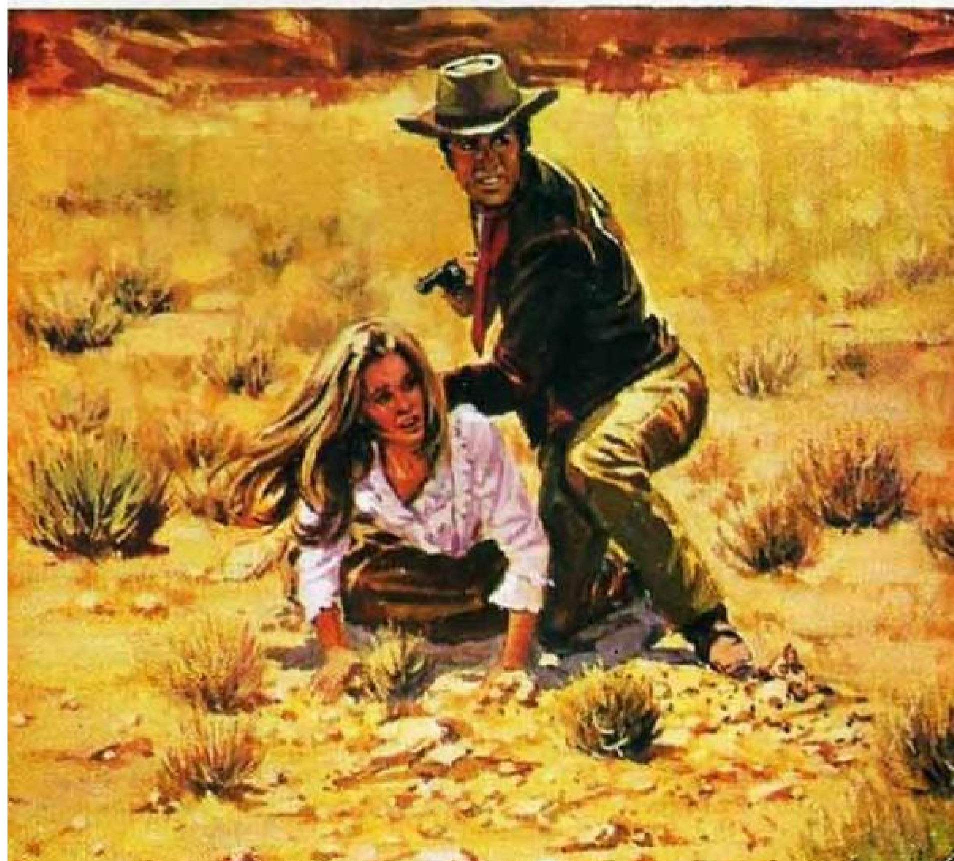
BOLSILIBROS
BRUGUERA

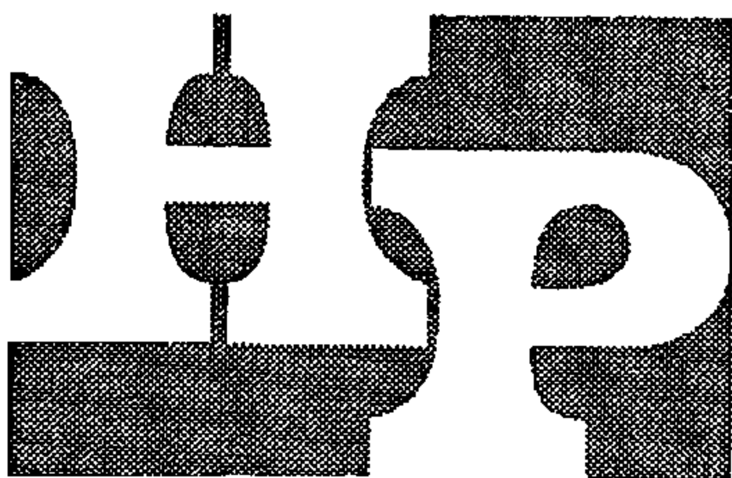
SORTEO DEL
MILLON

SERIE
HEROES DE
LA PRADERA

Silver Kane

¡ ELLA TIENE QUE MORIR !







Héroes de la PRADERA



Silver Kane

¡ELLA TIENE QUE MORIR!

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 187
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 21246-1973

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición: julio, 1973

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El carruaje se detuvo con un suave chirrido de sus muelles ante la puerta del Banco.

Era un vehículo especial, fabricado con cuidado extraordinario y pintado de deslumbrante color rojo. Sus ruedas eran altas, la suspensión suavísima. Un carruaje así resultaba difícil de ver en las polvorientas ciudades del Oeste hacia mil ochocientos setenta y cinco.

Claro que, si el vehículo era especial, también lo era la mujer que descendía de él en aquellos momentos.

Una mujer de veinte años, regiamente vestida, con joyas deslumbrantes que hubiesen hecho lanzar exclamaciones a un mudo.

Era rubia.

¡Y qué clase de rubia!

Si llega a actuar durante cinco minutos tan sólo en el saloon principal de Kansas City, se hubiera producido una auténtica revolución en la turbulenta ciudad ganadera.

Aquella mujer tenía tipo, tenía cara, y sobre todo tenía distinción. Reunía a la vez la elegancia de modales de una auténtica dama y la gracia de una bailarina, combinación muy difícil de lograr entonces y ahora como todo el mundo sabe. Por ello no es de extrañar que más de cuatro mirones se detuvieran con la boca abierta al verla descender ante el porche del Banco.

Ella se recogió Un poco la falda y sonrió al cochero que trataba de ayudarla.

—No es necesario, Slim.

—A sus órdenes, señorita. ¿La espero aquí mismo?

—Naturalmente, Slim.

La muchacha, subiéndose un poco el velo y quitándose los guantes, entró en el Banco.

Se trataba del edificio principal del Crédito Ganadero, una de las instituciones bancarias más importantes de Kansas.

A aquella hora de las once de la mañana solía haber siempre mucha gente ante las ventanillas, pues Kansas City era una ciudad próspera y de negocios animados. Pero en esta ocasión Doris —Doris Lancaster era el nombre de la muchacha—, comprobó que sólo había seis hombres en el interior.

Esto le causó cierta sorpresa, pues estaba habituada al bullicio de aquel Banco. Pero en seguida pensó que había tenido suerte. Así no iba a serle necesario esperar tanto.

De una forma maquinal se fijó en los clientes. Cinco estaban en pie, y uno sentado.

Doris sólo conocía al que estaba sentado. Era Watson, uno de los más importantes ganaderos de la población. Tenía un periódico doblado sobre las rodillas y parecía dormido. Los otros eran forasteros a los ojos de Doris, cosa que no tenía nada de extraño, puesto que a Kansas City llegaban cada día docenas de hombres procedentes de los más diversos puntos de la Unión, atraídos por el gran volumen de negocios de la turbulenta ciudad.

Todos ellos iban bien vestidos y eran jóvenes. Cada uno ostentaba un revólver en el costado derecho, y llevaban todos ellos periódicos doblados que parecían leer atentamente mientras esperaban a que los empleados atendiesen sus demandas.

Los empleados reunían billetes presurosamente, dando pruebas aquella mañana de una gran actividad.

El cajero jefe estaba sentado ante su ventanilla, con el Libro Mayor abierto, y parecía atentamente sumido en la contemplación de las largas columnas de números.

Doris pidió permiso a uno de aquellos desconocidos para situarse ante la ventanilla.

—Por favor…

—No faltaba más.

Era un hombre alto, fuerte, de cabellos negros y extraños ojos verdes. Un hombre guapo, en suma, aunque Doris, por educación, no se fijó demasiado en él.

El cajero ayudante se acercó a la ventanilla.

—Siento no poder atenderla ahora, señorita Lancaster, porque tenemos mucho trabajo. ¿No podría venir un poco más tarde? Es por no hacerla esperar demasiado.

Doris le dedicó una amable sonrisa.

—Ya he terminado todos mis otros asuntos en la ciudad, señor Simpson, de modo que prefiero esperar aquí si ustedes no pueden atenderme en seguida. Pero no se preocupe.

El señor Simpson, el cajero ayudante, miró al hombre que estaba ante la ventanilla y luego a Doris Lancaster.

—¿Quiere retirar alguna suma?

—Sí, gracias. Cinco mil dólares. Pero este señor está primero; atiéndale a él, por favor.

Los ojos verdes del desconocido estaban posados en la esbelta y juvenil figura de Doris Lancaster.

—No se preocupe —dijo al cajero—; atienda a la señorita. Cinco mil dólares no dan demasiado trabajo.

—Gracias —dijo Doris con una sonrisa—. Está esto muy tranquilo hoy, ¿no les parece?

—Tal vez, pero yo no estoy acostumbrado al movimiento de este Banco. Soy forastero aquí.

—¿Le gusta Kansas City?

—Mucho.

Doris sonrió otra vez.

—A las mujeres no nos gusta tanto, claro. Es una ciudad tumultuosa y excesivamente ruda.

—Lo comprendo.

El cajero ayudante Simpson estaba rellenando el boletín para Doris Lancaster.

—¿Sale usted de viaje? —preguntó.

—Sí. Eso viene a cuento con lo que acabo de decir de que, no me gusta Kansas City. Mi padre me ha permitido que vaya unos meses a Baltimore, en la zona atlántica. Aquello es muy distinto.

—Lo comprendo.

—Salgo dentro de unos minutos, en la diligencia —explicó la muchacha—. Esos cinco mil dólares son el dinero que creo necesario para el viaje.

—¿Por qué no marcha en uno de sus propios vehículos? —preguntó nerviosamente el cajero Simpson.

—Por no ir tan sola. Resulta más seguro viajar en diligencia, a pesar de los bandidos que infestan esta comarca.

El boleto que el cajero ayudante acababa de llenar resbaló extrañamente de entre sus dedos.

—Tiene razón, señorita Lancaster. Sírvase firmar. Ha dicho cinco mil dólares, ¿verdad?

—Exacto.

Doris firmó y devolvió el boleto, esperando que Simpson le entregase el dinero.

—Aquí están. Cinco mil dólares.

Doris los contó rápidamente y devolvió mil al cajero ayudante con una sonrisa.

—Se ha equivocado, señor Simpson. Aquí hay seis mil dólares en lugar de cinco mil. Tome.

—¿Está segura?

—Compruébelo.

El hombre que estaba al fondo del Banco ante una de las ventanillas —precisamente a la del cajero jefe—, hizo un gesto de impaciencia.

—¡No hace falta que cuente nada, señorita! ¡Si son seis mil dólares lléveselos de una vez!

Doris volvió la cabeza.

Se dio cuenta de las facciones brutales de aquel individuo, facciones que además estaban cubiertas de sudor. Debía estar muy nervioso; sus dientes rechinaban. En sus ojos brillaba algo muy extraño: una amenaza que Doris no supo captar…

—Soy amiga del señor Simpson —dijo Doris, sin perder su educación—. No puedo consentir que cometa un error tan importante. Podría costarle una multa.

—¡Déjelo de una vez! ¡Márchese!

Doris, de todos modos, hizo un gesto para que Simpson tomara el billete que había entregado de más.

—Permítame. Yo le ruego… —dijo.

Al mover la mano, Doris empujó sin darse cuenta el periódico que el hombre de los ojos verdes llevaba cubriendo su mano izquierda. Ese periódico cayó. Y los ojos de Doris advirtieron entonces que las hojas de papel habían estado ocultando un revólver calibre «45».

La muchacha no lanzó ni una exclamación. Sólo quedó quieta, con los ojos muy abiertos, contemplando aquel revólver que el hombre de los ojos verdes no había movido ni una sola pulgada.

—¡Dios mío…! —susurró.

—Salga —dijo él.

El individuo que estaba al fondo se acercaba después de lanzar su periódico al suelo, mostrando un revólver «Colt» 45 similar al de su compañero.

—Mantenía quieta, Edgar —ordenó—. Ya ha visto demasiado.

Doris Lancaster estaba como petrificada, sin acertar a moverse, sintiendo que fallaban sus piernas.

Porque en aquel momento acababa de darse cuenta de algo mucho más terrible que la amenaza de los revólveres, a pesar de que esa amenaza estuviese dirigida a ella.

El cajero jefe, al que había creído absorto en la contemplación de los números del Libro Mayor, ya no verían nunca más un billete de a dólar.

Había caído lateralmente de la alta silla en que estuvo sentado hasta entonces, y se dio cuenta Doris de que estaba muerto. Era un cadáver ya cuando ella entró. Se había mantenido en equilibrio inestable durante varios minutos, sostenido probablemente por la mano del individuo de facciones brutales que ahora se aproximaba a ella. Y Doris vio con ojos atónitos que el muerto mostraba una gran mancha de sangre en la espalda. Probablemente le habían clavado en silencio un estilete, atravesándole el corazón.

Desde que Doris entró en el Banco no habían transcurrido ni siquiera tres minutos, pero ella tuvo la repentina sensación de que llevaba ya siglos encerrada allí.

El tiempo que medió entre el principio de la caída del cajero y su choque contra el suelo pareció una eternidad espantosa.

Sentía que no podía moverse, que las piernas se negarían a obedecerla si intentaba dar un paso.

Y no quiso pasar por la vergüenza de caer a tierra ante los ojos de aquellos asesinos.

Fue en aquel momento cuando el señor Watson, el que había visto sentado poco antes, cayó también. Llevaba, igual que el cajero, la marca de una herida mortal en la espalda.

Edgar, el de los ojos verdes, dijo en voz alta:

—No nos conviene disparar. Hay que salir de aquí en silencio, como hemos entrado. ¡Nuestra salvación consiste en esto! ¡Pronto! ¡Los maletines!

—¡Soy yo quien da las órdenes! —gritó el de las facciones brutales.

—Como quiera, jefe.

Pero ya el nerviosismo había cundido entre todos los atracadores. Cada uno se apoderó de un maletín lleno de billetes, de los que los mismos empleados habían tenido que llenar. Corrieron hacia la puerta.

Doris comprendió que ella era un testigo demasiado peligroso. Comprendió que ella podría reconocerlos. Y comprendió también que había llegado el momento de morir.

CAPÍTULO III

No muy lejos de allí, a unas veinte millas de Kansas City, en una casa de troncos situada cerca de la ruta principal que llevaba a la ciudad, siete hombres se hallaban reunidos en torno a una mesa.

Cualquier *sheriff* de los condados de Kansas hubiera dado la vida por verlos a todos juntos así, pero bajo los cañones de sus revólveres.

Entre los siete hombres sumaban al menos veintiuna condenas a muerte. El más inocente de todos era Tony Galea, acusado de haber disparado por la espalda contra dos hombres y una mujer, para robarles lo que llevaban encima.

Sus compañeros resultaban tan ejemplares como él.

Dirigía el grupo Stanley Burns, quien toda su vida se había dedicado a atracar diligencias, asesinando a los testigos.

Los otros cinco eran Joe Larsen, pistolero a sueldo, especialista en asesinatos refinados y en ultrajes a mujeres, Clark Zeller, jefe de una banda de cuatreros que poco antes había sido dispersada. Luke Morton, especialista en asalto a ferrocarriles. Ted Ramiro, cuchillero mexicano reclamado en su país. Y Albert Cazou, canadiense de origen francés, quien a los quince años había matado a un hombre por un manojo de pieles de castor, y que desde entonces no había hecho más que desollar animales y enviar hombres a la tumba.

Todo este Estado Mayor del hampa se había reunido allí por un motivo muy especial y concreto.

Iba a planearse un golpe.

Los siete hombres habían llegado allí por distintos caminos y con intervalos de varias horas, para no llamar la atención. Todos habían acordado que después del golpe volverían a separarse, reuniéndose por última vez en Omaha, donde tenían que cobrar el

fruto de su siniestro trabajo.

Era Stanley Burns, aceptado provisionalmente como jefe, el que llevaba la voz cantante.

—Os he llamado a todos —decía calmosamente mientras se acariciaba las hebillas de plata de sus cintos—, porque creo que no se puede reunir en Kansas un grupo como el que nosotros formamos ahora. Estoy seguro de que, con la colaboración de todos, el golpe no puede fallar. Y el botín es tan fabuloso que nos permitirá vivir varios años o quizá retirarnos para siempre. Todos sabemos bien que Kansas no nos prueba, y que el cerco a nuestro alrededor se va haciendo cada día más estrecho. ¿Qué tal sentaría San Francisco con dinero en el bolsillo? Creo que es una ciudad muy divertida…

—Antes de ir a San Francisco a divertirnos necesitamos una montaña de dólares —concretó Tony Galea—. Dinos tú de qué modo vamos a conseguirlos.

—Asaltando una diligencia.

Los seis hombres que habían escuchado las palabras de Stanley Burns hicieron un movimiento general de fastidio. Un par de ellos casi estuvieron a punto de levantarse de la mesa.

—¿Asaltar una diligencia? Ya no hay en Kansas un solo carromato que viaje sin escolta, si ese carromato lleva cien dólares encima. ¿En qué estás pensando, Stanley? ¿Crees que Kansas es lo que era hace diez años? —Gruñó Ted Ramiro, el mexicano—. Que nos hayas buscado y reunido a todos para eso me parece una imbecilidad. La última vez que asalté una conducción de oro, cerca de Río Grande, no quedó un solo hombre de mi banda. Y si vine a Kansas fue porque no pude encontrar un sitio más alejado de aquel desastre.

Stanley Burns hizo un gesto de suficiencia, acariciándose de nuevo las hebillas de plata.

—No se trata de una conducción de oro. Se trata de una diligencia vulgar y corriente.

—¿Sin escolta?

—Sin escolta.

—¡Pero eso es imposible! ¡Sólo debe llevar encima los objetos personales de los viajeros! ¿Nos has reunido para un trabajo que cualquiera de nosotros puede hacer solo?

—Os he reunido porque no quiero que el golpe pueda fallar —

dijo Stanley Burns alzando la voz—. ¡He preferido tener que partir con vosotros, asegurando el golpe, que intentar quedármelo todo yo, exponiéndome al fracaso! ¡Se trata de un millón de dólares!

La simple mención de la cifra pareció paralizar por unos instantes, a aquéllos, una auténtica selección de asesinos. Todos miraron a Stanley Burns con desconfianza, como si creyesen que éste estaba hablando en sueños.

Zeller preguntó:

—¿Un millón de dólares? ¿Nada menos que un millón? ¿Y dices que van sin escolta?

—No lo digo; lo aseguro. Únicamente el conductor y un riflero, como en todas las diligencias del país.

—Es absurdo —opinó Luke Morton—. Un millón de dólares en oro abultan como un bisonte y pesa más que una máquina de ferrocarril. Ninguna diligencia los llevaría, y menos sin escolta especial. Pero si van en billetes yo no participaré en el golpe, Stanley. Sería como llevar una bomba de relojería en el bolsillo cada vez que intentásemos cambiar uno de ellos. Todos los billetes que viajan de un lado a otro del país tienen la numeración recogida en el punto de origen y en el de destino.

—Y esa numeración sería dada inmediatamente a todos los Bancos y establecimientos comerciales del país —dijo Cazou.

Stanley Burns sonreía Era extraña aquella sonrisa, porque la cara de Stanley solía ser la de un perro rabioso cuando se siente acorralado. Pero en esta ocasión diríase que se sentía inmensamente feliz.

—El dinero no va en oro ni en billetes —dijo—, sino en un cheque girado contra el Banco Territorial de Omaha. Un cheque muy bonito, color verde, valorado en un millón de dólares.

Cazou lanzó una carcajada.

—Un cheque nominativo, como es lógico. Uno de sus cheques que no tienen ningún valor si no va a cobrarlos la misma persona que está indicada en ellos. ¿Qué harás cuando lo tengas en tus blancas manos, Stanley? ¿Disfrazarte de doncella inocente e ir a cobrarlo tú?

—Se trata de un cheque al portador.

Hubo ahora entre los seis hombres restantes un movimiento de asombro más intenso que el que tuvieron al oír la cifra de un millón

de dólares.

—¿Al portador?

—Sí.

—¿Quién lo lleva?

—Un hombre joven, casi un muchacho. Se llama Stockton.

—¿Cómo lo has sabido?

Las preguntas asaeteaban a Stanley como en un interrogatorio, pero Stanley se sentía feliz.

—Lo he sabido por un abogado sinvergüenza llamado Tucker.

—¿De dónde es ese abogado?

—Ahora está en Omaha, pero ha corrido el Oeste Central de punta a punta, haciendo granujadas más o menos notables.

—¿No nos engañas, Stanley?

—Sé a lo que me expondría si lo hiciera. Yo soy un hombre solo, y vosotros sois seis.

—Explícate.

—Ese muchacho, ese tal Stockton, es hijo de uno de los rancheros más acomodados de Kansas. Un muchacho tarambana y granujiento, que no ha dado a su padre más que disgustos. A los dieciocho años ya había tenido varios escándalos con mujeres, y a los veinte su padre lo hubo de arrojar de casa, pero todo esto es agua pasada, porque ahora el chico tiene veintiuno, y padre e hijo vuelven a estar en buenas relaciones. Tanto que el ranchero le ha confiado llevar a Omaha un millón de dólares.

—¿En un cheque al portador?

—Tiene que correr ese riesgo.

—¿Por qué?

—Al viejo Stockton le han ido mal los negocios últimamente, y teme que le vayan cada vez peor a causa de la crisis del ganado en Kansas. Entonces decidió trasladar dinero a otro sitio e ir abandonando el rancho poco a poco, sin que sus acreedores se dieran cuenta. Una especie de jugadita de ésas a las que tan acostumbrados están los buenos comerciantes. De pronto el viejo Stockton desaparece y todos sus acreedores se quedan con un palmo de narices. Inútil buscarle, inútil hacer investigaciones en los Bancos. Él no ha ordenado ninguna transferencia, no ha dejado ninguna pista. Los cheques han sido cobrados en la central de Omaha por personas desconocidas, puesto que eran al portador. Y él

habrá desaparecido ya, instalándose con todo su dinero en Nueva York, en Chicago… ¡Quién sabe!

Los pistoleros empezaban a comprender. Para todos ellos el mecanismo de los Bancos era una cosa tan conocida como si hubiesen sido durante toda su vida directores de una sucursal. Pocas personas imaginan la enorme cantidad de conocimientos que a veces hay que tener para preparar un buen golpe, y todos los hombres reunidos allí no habían dado apenas nunca un golpe malo.

Zeller dijo:

—Naturalmente el muchacho ingresará luego ese dinero en otro Banco, ¿verdad?

—Sí. Seguramente en algún Banco extranjero de los que existen en Omaha. ¿Comprendéis ahora por qué el cheque tiene que ser al portador? Un solo cheque nominativo significa una pista que los acreedores seguirían luego hasta el fin.

—¿No ha pensado Stockton que el cheque puede ser robado? —preguntó Ted Ramiro.

—Sí, pero hay varios motivos por los que se permite tener confianza. En primer lugar, es raro que una diligencia sin escolta y sin dinero llame la atención de nadie. El segundo lugar, puede telegrafiar al Banco para que no sea pagado ese cheque si se entera de que la diligencia ha sufrido un asalto. Por ello es absolutamente imprescindible que el vehículo sea atacado en un lugar completamente solitario, y que no haya supervivientes. Necesitamos que el robo no sea descubierto hasta dos días después, justo lo que necesitamos para llegar a Omaha y cobrar.

Albert Cazou encontró un inconveniente:

—¿Quién cobrará, desgraciado? ¿Tú? ¿Crees que no somos lo bastante conocidos en todas partes? ¿En qué Banco te pagarán a ti un cheque de un millón de dólares? Ni a ninguno de nosotros. Se extrañarán si el que viene a hacerlo efectivo no es una persona honorable.

—¿Y qué personas honorables somos nosotros? ¿Y quién percibirá en nuestro nombre el millón de dólares? —insistió Zeller.

Stanley Burns hizo un nuevo gesto de suficiencia.

—Os he hablado antes de un abogado llamado Tucker. Se trata de un tipo que ha vivido toda su vida de la estafa, el engaño y la corrupción. Ni siquiera estoy seguro de que sea abogado, aunque él

lo afirma. Claro que con la misma desfachatez afirmaría que es ingeniero, por ejemplo. Pero de un modo u otro, ese tal Tucker fue el que aconsejó a Stockton, un día en que éste fue casualmente a Omaha, lo de ir evaporando poco a poco su capital, ya que la ruina era inevitable, caso de seguir en Kansas. Él está informado de la existencia de ese cheque y del viaje del joven Stockton. Me informó de ello a mí, porque nos conocemos hace años. Dice que podría matar al muchacho cuando éste llegue a Omaha y apoderarse del talón para cobrarlo, pero jamás se ha manchado las manos de sangre. Es un estafador, un granuja fino, y nada más. Me ha ofrecido cobrar el talón apenas se lo entregue, reservándose una comisión de ciento cincuenta mil dólares.

Después de las explicaciones de Stanley Burns, los otros seis forajidos se miraron en silencio. Todos se habían dado cuenta ya de que estaban ante uno de los golpes más fáciles y perfectos de sus vidas. Nada podía fallar si obraban en grupo y tal como sabían hacerlo.

Tony Galea resumió la situación.

—Creo que no te arrepentirás de habernos llamado, Stanley. Es imposible reunir en Kansas un grupo tan perfecto como el nuestro, y el golpe no fallará. Ahora sólo se trata de encontrar un sitio donde la diligencia pueda ser atacada sin peligro.

Joe Larsen añadió:

—Se trata también de no dejar ni un superviviente. No lo olvidéis; nadie tiene que salir vivo de esa diligencia que va camino del infierno…

* * *

Doris vio que los cinco hombres avanzaban hacia la puerta. Cada uno de ellos llevaba un maletín en la mano izquierda y un revólver en la derecha.

Aquél había sido uno de los atracos más perfectos y silenciosos que se habían dado en la historia de Kansas City, pero Doris sabía que no llegaría a ver su final.

El de las facciones brutales se acercaba a ella.

—¡Cuidado! ¡El *sheriff* está mirado nuestros caballos! —gritó de pronto Edgar, que se hallaba junto a la puerta.

El que se acercaba a Doris dejó de preocuparse exclusivamente

de ella. A partir de aquel grito de Edgar empezó a obrar con precipitación. Hizo dos disparos, y los dos empleados vivos que quedaban en el Banco cayeron con las cabezas atravesadas.

Doris lanzó un grito de horror.

El tipo de las facciones brutales tiró contra ella también, pero en aquel momento Edgar tiró de él para llevarlo hacia la puerta. El disparo falló. Edgar gritaba nerviosamente:

—¡Pronto! ¡El *sheriff* ha ido a parapetarse! ¡Tirará contra los caballos desde su escondite!

Los cinco hombres salieron en tropel, revólver en mano, y montaron sobre los animales con agilidad de consumados jinetes. Alguien disparó desde una esquina, aunque no pudieron ver si era efectivamente el *sheriff*. Contestaron con un tiroteo ensordecedor y picaron salvajemente espuelas, perdiéndose al galope por el fondo de la calle principal de Kansas City.

Doris, tambaleante, sintiendo aún dentro de sí la angustia de la muerte, salió al exterior y tuvo que apoyarse en una de las columnas del porche.

Varios hombres corrieron hacia ella, mientras otros disparaban inútilmente contra los asaltantes, cada vez más lejanos.

El *sheriff* Grey fue quien la sostuvo, cuando Doris estaba a punto de caer al suelo.

—¡Esos canallas…! ¿Está herida, Doris?

—No. La bala sólo me ha rozado. Pero ahí dentro… Cinco hombres muertos…

Casi no podía hablar. El *sheriff* la dejó en manos del médico, que había acudido presurosamente, y salió con otros jinetes en persecución de los fugitivos, aun cuando sabía que ya era inútil.

El médico se dio cuenta inmediatamente de que la muchacha no estaba herida, aunque había sufrido un tremendo impacto nervioso al ver lo que sucedía en el Banco. Advirtió también que Doris se recuperaba inmediatamente.

—¿Quiere que la haga acompañar hasta su casa?

—No —susurró ella—. Será mejor no asustar a nadie. Yo estaba a punto de marchar de viaje… Marcharé como si nada hubiera ocurrido.

—No está usted ahora en disposición de encerrarse dentro de una diligencia.

—Al contrario… Creo que lo que necesito ante todo es salir de aquí… Déjeme, por favor. Preocúpese de ver si aún puede hacerse algo por los que están ahí dentro…

—Entonces, con su permiso. Pero no se mueva de aquí.

Penetró en el edificio, dándose cuenta con una sola ojeada de que nada podría hacer por los hombres que yacían en tierra. Lo que ellos necesitaban no era un médico, sino un sepulturero.

Doris, entretanto, se encaminó con paso lento hacia la parada de diligencias, después de rogar al cochero fuese a casa con la noticia de que no le había ocurrido nada. Vio que en la casa de postas el carruaje ya estaba listo y a punto de partir.

Subió a él y cerró los ojos, deseando no ver aquella diabólica ciudad llamada Kansas City.

Al abrirlos, se dio cuenta de que eran cuatro viajeros más los que estaban en la caja del vehículo. Tres de ellos eran hombres mayores, y el otro un joven.

Fue éste el que se dirigió a ella con una inclinación de cabeza, después de haber valorado sus ojos rápidamente los encantos de la figura femenina.

—Buenos días, señorita. Permítame que me presente. Voy a Omaha y me llamó John Stockton…

—Encantada —dijo Doris, sin mirarle apenas, sintiendo aún en su cabeza el crepitar de los disparos.

Fue entonces cuando emprendieron su viaje.

Hubo unos cuantos gritos del mayoral, unos chasquidos de látigo, un balanceo, y la diligencia se puso a rodar a gran velocidad por las polvorientas calles de Kansas.

CAPÍTULO III

—Llevamos ya tres horas de viaje. ¿No está usted fatigada?

Doris giró la cabeza, que había tenido vuelta hacia la ventanilla, y contempló durante unos instantes al joven que estaba sentado frente a ella.

Ese joven sonreía, y aunque sus facciones eran simpáticas, se adivinaba en él al hombre que ha vivido demasiado a pesar de su juventud y que está habituado a darse todos los caprichos. De no ser por esa expresión ligeramente viciosa que había en él, Doris hubiera pensado que aquel rostro era uno de los más agradables que había visto en su vida.

—No estoy cansada —susurró—. Gracias.

—¿Le he dicho ya mi nombre? John Stockton, para servirla.

—Me lo ha dicho usted apenas hemos subido a la diligencia. Es muy amable.

Él simuló no advertir el tono distanciante que había en las palabras de la muchacha, y preguntó:

—¿Le gusta el paisaje? Me he dado cuenta de que no retira los ojos de la ventanilla.

—Ni me gusta ni me disgusta. Pero reconozco que Kansas es demasiado llano. Resulta monótono.

—¿Es usted de aquí?

—No. Yo nací en la costa atlántica, y me he educado allí. Pero mis padres siempre han vivido en Kansas. Supongo que sus padres y los míos deben conocerse, si pertenecen a familias antiguas de la región.

—¡Oh, sí! —exclamó él, dispuesto a aprovechar aquella oportunidad—. Seguro que se conocen y son grandes amigos. Por lo tanto, es natural que nosotros también lo seamos, ¿verdad?

—Tal vez —dijo Doris, sin demasiada convicción.

Y sorprendida ante sus propios pensamientos, se dio cuenta de que todo aquel tiempo, e incluso mientras miraba el paisaje por la ventanilla, había estado pensando en aquel desconocido del Banco, en el extraño pistolero de los ojos verdes.

Tal vez fue esto lo que inclinó a preguntar en voz baja:

—¿Ha habido asaltos a las diligencias últimamente?

—No… Los últimos tiempos han sido tranquilos. Hay mucha vigilancia en todas las ciudades de Kansas.

—Sí —reconoció Doris—, pero no la suficiente.

—¿Lo dice por el tiroteo del Banco? En campo abierto no ocurre igual. Según y cómo, resulta mucho más difícil asaltar una diligencia, y se obtiene menos provecho.

—Cierto —reconoció también Doris—. Yo he realizado muchos viajes últimamente y nunca ha ocurrido nada.

—Eso no quiere decir que éste sea ya un Estado tranquilo —arguyó Stockton, pensativamente—. Quiere decir, sencillamente, que los forajidos son muy listos y sólo se arriesgan en golpes que valgan la pena. También son más crueles y más temibles.

—Afortunadamente, nosotros nos llevamos nada que valga la pena —sonrió Doris.

Fue como si sus palabras hubieran tenido un significado oculto. Porque en aquel momento todos creyeron oír detrás de la diligencia, a gran distancia, el galope de varios caballos.

Stockton sacó la cabeza por la ventanilla, pero no vio nada.

Se volvió hacia el mayoral.

—¿Ocurre algo?

—Nada. Sólo he visto dos jinetes durante un momento. No pueden hacernos ningún daño.

—Deben ser dos viajeros…

—Sí —gritó el mayoral, desde el pescante—, pero no me gusta esta zona. Es la única parte algo montañosa del viaje, y se presta mucho para una emboscada. Tengo ganas de salir de aquí.

—¿Verdad que hay un despeñadero a la izquierda?

—Sí, pero no tema; pasamos a cierta distancia. Y sólo faltan cinco millas para la casa de postas.

Stockton volvió de nuevo la cabeza hacia atrás, y vio por un momento a los dos jinetes que le seguían. Iban ocultándose detrás

de los montículos de roca, y sólo eran visibles en las zonas lisas, que pasaban galopando rabiosamente. Su modo de conducirse era tan poco normal que Stockton comprendió que les preparaban una emboscada.

Los del pescante debían haberlo comprendido también, porque ya preparaban sus armas.

Hicieron fuego, como una advertencia de que no estaban desprevenidos y no se dejarían cazar.

Al menos eso fue lo que creyeron ellos.

Ninguno se dio cuenta de que los dos jinetes intentaban únicamente atraer su atención. La verdadera trampa estaba más allá, en el punto más cercano al desfiladero, y los de la diligencia cayeron en ella como unos niños incautos. Los dos hombres del pescante recibieron plomo de frente cuando estaban apuntando hacia atrás, hacia los dos extraños perseguidores. Soltaron sus armas y cayeron de la diligencia sin lanzar un grito, mientras los cuatro caballos apretaban el galope furiosamente.

Doris apretó los labios y contuvo el grito que estaba a punto, de brotar de su garganta.

Le dio vergüenza portarse como una mujer asustada. No quiso demostrar el miedo que tenía, a pesar de darse cuenta de que aquello era el fin.

Porque al pasar por delante de un montículo había visto con perfecta claridad a cinco jinetes armados. Y porque esos cinco hombres estaban ya tras ellos, persiguiendo una diligencia que no conducía nadie.

Los cuatro viajeros, mortalmente pálidos, sacaron sus revólveres.

—Ha sido una trampa bien preparada —gruñó Stockton—. Pero esos tipos no acabarán con la ropa intacta.

Sacó medio cuerpo por una ventanilla y disparó dos veces. Sus disparos se perdieron en el vacío debido al infernal traqueteo de la diligencia.

Los perseguidores, en cambio, apuntaban con más calma. Crepitaron los rifles, y uno de los pasajeros, que había intentado hacer lo mismo que Stockton, cayó a tierra con la cabeza atravesada, abriendo con su peso la portezuela de la diligencia.

Doris se cubrió el rostro con las manos, pero tampoco quiso gritar.

—Debemos luchar para que usted no caiga en sus manos —dijo Stockton, con voz ansiosa—. Es usted demasiado joven y bonita para que…

Una bala, atravesando por detrás la caja de la diligencia, dio a otro de los pasajeros en la espalda.

Su aullido les hizo estremecer a todos cuando cayó muerto casi sobre las rodillas de la muchacha.

—Ninguno de nosotros tiene salvación —siguió diciendo Stockton febrilmente—, pero usted debe intentar huir. Tome…

Doris vio que aquel hombre ponía en sus manos un pequeño papel. Parpadeó al darse cuenta de que era un cheque.

—¿Por qué me entrega esto? —susurró—. ¿Qué significa…?

—Significa un millón de dólares —dijo Stockton—. Es un cheque al portador y a ellos puede interesarles. Si se salva entrégueselo a cambio de que no la toquen… ¡Prométame que lo hará!

Doris no supo contestar. Sentía que quizá por primera vez, en su vida, le faltaban las fuerzas. Era como si estuviese viviendo algo increíble, peor que una pesadilla, y de no ser por los disparos cada vez más cercanos, se habría golpeado los ojos para despertar.

—¡Prométamelo! —exigió Stockton.

—Se lo prometo, pero… ¿Qué pretende?

—No pretendo nada, sino morir como lo que no he sido nunca: como un hombre. Durante toda mi vida no he hecho más que portarme como un muñeco sin valor y sin voluntad, pero no quiero que esto continúe hasta el fin… ¡Sálvese, muchacha!

Y sacó otra vez el cuerpo por una de las ventanas, haciendo rabiosamente dos disparos. Uno de los jinetes perseguidores, el que estaba más cercano, cayó.

Stockton nunca sabría que acababa de matar al peligroso Clark Zeller, uno de los cuatreros más buscados de Kansas.

Porque antes de que su enemigo cayera del todo, Stockton ya tenía una bala de rifle alojada en el corazón. Intentó disparar otra vez con sus últimas fuerzas, apretó los dientes y cargó todo su peso sobre la portezuela, abriéndola de golpe. Salió despedido sobre la llanura como si lo hubiera empujado un resorte.

Unos instantes después, seis caballos pasaban al galope por encima de su cadáver.

Doris vio que sólo ella quedaba viva en la diligencia. El último

pasajero había sido cazado también al intentar disparar por la ventanilla posterior, cuyo cristal había roto a culatazos.

Miró el cheque y leyó atónita la cifra escrita en él: ¿Un millón de dólares? Quizá era eso la causa del asalto a la diligencia, la causa de todo. Y estuvo a punto de lanzar aquel diminuto y maldito pedazo de papel con un gesto de asco, como si fuera una víbora.

Pero repentinamente pensó que quizá en aquel cheque estaba su única posibilidad de salvación. Stockton se lo había dicho en el momento de morir, le había hecho prometer que lo entregaría con tal de que no le pusiesen las manos encima. Y de una forma maquinal, Doris, sin darse muy bien cuenta de lo que hacía, introdujo el papelito doblado en su corpiño mientras varias balas más atravesaban la chapa del vehículo.

Lo que luego sucedió fue como una vertiginosa pesadilla.

Los caballos, enloquecidos, acaban de desprenderse del carruaje, que durante unos interminables minutos patinó sobre la tierra pedregosa como si fuera una pista de hielo, sin dar un solo tumbo. Las ruedas chirriaron ante aquel roce alucinante, que hacía brotar chispas como a un pedernal. La madera del fondo del vehículo empezó a incendiarse.

Pero eso no era lo peor, o por lo menos Doris no se dio cuenta de que eso había sucedido. Porque todos los demás horrores quedaron olvidados cuando vio que los restos del vehículo, perdida la dirección, se precipitaban hacia el abismo.

Su grito de agonía se confundió con el chirriar ululante de las ruedas hechas añicos, del eje partido, de las ballestas rotas.

Luego, nada. Aquello era el fin.

CAPÍTULO IV

Los cinco hombres que habían ido siguiendo el curso del pequeño riachuelo, por un terreno difícil y peligroso, detuvieron sus caballos al oír el infernal estrépito.

Los cinco llevaban maletines negros atados a la silla de sus caballos y enfundaban revólveres de calibre pesado.

Uno de ellos, el que iba delante, hizo un gesto.

—Algo se ha despeñado hasta el riachuelo —dijo—: seguramente una diligencia o un vehículo pesado. Y han estado oyéndose disparos durante cinco minutos al menos.

El que acababa de hablar era un tipo joven, de complexión atlética, en cuyo rostro moreno destacaban unos extraños ojos verdes.

El jefe, un tipo de facciones brutales, a quien Doris hubiese conocido bien, gruñó:

—¿Y a nosotros qué nos importa? No debemos salirnos por nada del riachuelo. Es el único modo de no dejar huellas.

—Creo que es precisamente al riachuelo donde debe haber caído el vehículo —dijo Edgar, el de los ojos verdes—. ¿No opina usted lo mismo, Taylor?

El de las facciones brutales asintió.

—Aváncenos cubiertos por la vegetación, y si encontramos algo, mejor que mejor. ¡Pero nadie debe vernos desde arriba!

Avanzaron.

El despeñadero que estaba sobre sus cabezas era de una altura impresionante, y no había ningún camino viable para descender por él. Quien quisiera hacerlo tenía que dar un rodeo de varias millas, de modo que, aunque les viesen desde arriba, no llegarían a alcanzarlos.

Pero ni siquiera este peligro corrían. La vegetación que crecía junto al riachuelo, los tapaba por completo, igual que un verdadero techo.

Unos minutos más tarde, encontraron lo que había originado aquel fenomenal estrépito.

Era una diligencia completamente destrozada, que sin duda debía haberse despeñado por el barranco. Las llamas prendían parte de ella, pero el agua del riachuelo había impedido que ardiese completamente. Ahora sólo despedía una débil humareda, pero el olor a chamuscado lo llenaba todo.

Los cinco hombres se aproximaron, llevando la mano sobre las culatas de sus revólveres.

—Es la diligencia regular de Kansas City —dijo Taylor—. Deben haberla asaltado, pero ¿para qué? Hace ya bastante tiempo que esos carromatos no llevan ninguna conducción de oro.

—Tal vez quisieran raptar a alguien —opinó Phil, otro de los forajidos.

Edgar descendió del caballo, y, los otros le imitaron. Después de la fenomenal caída, era muy poco probable que en el vehículo quedase nadie con vida, pero hacía falta comprobarlo.

—Mirad bien —dijo Taylor.

Claro que no le guiaba ningún impulso humanitario al dar esa orden. Lo único que pretendía era saber si dentro del vehículo quedaba algún cadáver al que robar. Precisamente Taylor había empezado su «carrera» como ladrón de tumbas, y estaba orgulloso de ello.

Entre Edgar, Phil, Morris y Tabert, o sea toda la cuadrilla a excepción de su jefe, Taylor, volcaron el vehículo del otro lado para que las aguas del riachuelo terminasen de apagarlo.

—Hay alguien dentro —gruñó Edgar.

—Está bien; abre.

Edgar abrió.

Dentro estaba el cuerpo de una mujer que, por sus proporciones, se adivinaba joven y bonita, pero a la que no era posible ver el rostro porque se hallaba caída de bruces sobre uno de los asientos.

Edgar parpadeó al reconocer sus vestidos.

Taylor asomó su cabeza también, con expresión desconfiada.

—¿Está muerta?

—No lo sé. Pero evidentemente ha debido sufrir algunas quemaduras. Ayudadme.

Entre Phil y Edgar volvieron a la muchacha de cara hacia ellos. Fue entonces cuando Edgar tuvo que morderse los labios para no lanzar una exclamación.

La muchacha había sufrido quemaduras en las manos, al intentar cubrirse el rostro. Éste no aparecía lesionado, a excepción de… los ojos.

Algún brote repentino de las llamas debía haber alcanzado los párpados, que estaban casi completamente abrasados. Y lo peor era que la muchacha tenía los ojos entreabiertos, pero con un color tan especial en ellos que Edgar se estremeció.

—¿Respira?

Era Taylor quien había hecho la pregunta.

—Sí.

—¡Pues lárgale un tiro de una vez! ¡Es la maldita muchacha del Banco, la única que puede reconocernos!

—Si alguien perseguía la diligencia debe estar arriba, en lo alto del despeñadero —dijo Edgar—. Un tiro podría indicar nuestra posición a cualquiera.

—Pues una puñalada en el cuello no cuesta tanto. ¡Dejadme!

Desenfundó su «Bowie» y penetró dificultosamente en el vehículo, pero allí no pudo moverse porque ya Edgar se había inclinado sobre la muchacha, cubriéndola completamente.

—¿Qué diablos haces? ¡Déjame!

—Un momento, jefe.

Doris respiraba débilmente, aunque con un ritmo regular. Su cabeza iba de un lado a otro, indicando que no había perdido el sentido. Sin embargo, sus ojos no se movieron, a pesar de que Edgar acercó un fósforo a ellos y lo hizo oscilar débilmente de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

Cuando se volvió hacia sus compañeros, su rostro estaba intensamente pálido.

—¿Qué le han hecho las llamas? —Gruñó Taylor—. Yo sólo le veo estropeadas las manos.

—Le han causado el peor daño que podían causar —susurró Edgar—. La han dejado ciega.

—¿Ciega?

—Obsérvela. Sus ojos no siguen la dirección de la llamita por mucho que la acerque a ellos.

Taylor lanzó un gruñido.

—Entonces, ¿a qué esperamos? ¡Liquídala de una vez!

—Puede llevar encima algo de valor. Y aquí es imposible registrarla; no tenemos sitio.

—Y es peligroso estar más tiempo parados —gruñó Tabert—. Los que se hallan en lo alto del despeñadero pueden ser hombres del *sheriff*.

—Por lo menos vendrán —opino Phil—. La casa de postas está solo a unas cinco millas y hay telégrafo.

—Un asaltante medianamente astuto habrá cortado los hilos —dijo Taylor—. Nadie conocerá en Kansas City el asalto a la diligencia hasta la noche. Y por descontado que no encontrarán el carruaje hasta dentro de un par de días. Todos estos peñascos son un laberinto.

—Entonces, razón de más —dijo Edgar—, para que podamos registrar a esta mujer con calma.

—¿Es que vamos a llevárnosla? —preguntó Morris.

—¿Y por qué no?

La actitud de Edgar parecía desafiante. Todos los ojos se clavaron entonces en Taylor, el jefe, que era quien debía tomar una decisión.

Taylor pareció vacilar varios minutos entre el deseo de eliminar estorbos y la codicia de encontrar sobre aquella mujer alhajas que valiesen la pena.

—Llevamos ya bastante dinero encima —dijo Tabert—. ¿Por qué no eliminarla de una vez?

—Pero después de este golpe no podremos atrevernos a dar otro en mucho tiempo —advirtió Edgar—. Todo lo que consigamos ahora va a ser poco. Y tengo la sensación de que éste puede ser nuestro día de suerte. Ya oíste que dijo en el Banco que iba a Baltimore. Allí dará fiestas y todas esas mandangas. ¿Qué mujer rica como ella viajaría sin sus joyas?

—Sacadla de aquí —ordenó Taylor, decidiéndose—. Sacad también todos los equipos que haya.

Los atracadores se pusieron en movimiento. Desgraciadamente para ellos sólo quedaban allí dos maletines, que ataron a las sillas

de sus caballos. Doris fue sacada también, y doblada como un fardo sobre el lomo de uno de los animales.

La muchacha había recobrado del todo sus sentidos, y se quejaba sordamente. No debía tener una idea muy exacta de dónde estaba, ya que no podía ver. Por el momento debía sentirlo todo aún como entre sueños, sin darse cuenta exacta de la realidad.

«Cuando se dé cuenta, se volverá loca», pensó Edgar mientras montaba junto al cuerpo de la muchacha.

—¿Adónde, vamos? —preguntó—. No nos ha dicho aún cuál era nuestro punto de destino, jefe.

—Compré una cabaña a ocho millas de aquí, dentro de un bosque —dijo Taylor—. La adquirí por unos pocos dólares hace dos meses, cuando empecé a planear este golpe. No he ido por allí jamás y nadie me conoce. La cabaña tiene la ventaja de que este riachuelo llega hasta su misma puerta, de modo que no dejamos huellas…

Edgar se volvió.

—¿Ha dicho ocho millas?

—Sí. ¿Qué ocurre?

—La chica necesitaría que se la atendiese antes. Tiene las manos completamente llagadas.

—¿Qué se va a ganar con atenderla? ¿Qué muera más tranquila?

—¿Por qué no la registramos y la abandonamos aquí? —sugirió Phil.

—¿Abandonarla aquí? Pronto la encontrarían y sería una buena pista —dijo Edgar—. Nos conviene mucho más enterrarla junto a la cabaña. Allí nadie podrá encontrarla nunca.

—¿Cuánto tiempo estaremos encerrados allí? —preguntó Tabert.

—Dos días —dijo Taylor.

—¿Por qué dos días?

—Porque es el tiempo que hace falta para que los ánimos se calmen un poco y el *sheriff* de Kansas City dé por terminadas y fracasadas sus primeras pesquisas. Él y sus hombres se tomarán entonces un descanso después de dos noches sin dormir, no hay duda. Y nosotros aprovecharemos para recorrer a caballo veinte millas más y tomar el ferrocarril que va a Chicago. No llamaremos la atención de nadie. Nos tomarán por simples tratantes de ganado.

—Da gusto tener a alguien que piensa por uno —exclamó

Tabert, cuya cabeza en forma de piñón denotaba su poca inteligencia.

Taylor gruñó satisfecho.

Le gustaba que sus hombres le alabasen. El único que no acostumbraba a hacerlo era aquel condenado Edgar…

—¡Edgar! —llamó.

El joven se volvió lentamente.

—¿Qué hay?

—Para registrar bien a la chica habrá que desnudarla.

Todos los atracadores, excepto Edgar, lanzaron una carcajada.

—Yo me encargo de eso, jefe —dijo Tabert—. No encontrará a nadie más indicado que yo. Tengo manos de modista.

Y mostró entre carcajadas sus palmas rugosas y encallecidas por el uso de las riendas y el revólver.

Edgar hizo una mueca y luego sonrió, intentando desviar la conversación:

—¿No hay chicas por allí cerca, jefe?

—Existe un lugar muy sospechoso a unas cinco millas —dijo Taylor—. Una especie de rancho donde a veces se entretienen los ganaderos que van a buscar el ferrocarril. Pero de momento no nos conviene aparecer por allí.

Tabert volvió a reír con una risita nerviosa.

—¡Al menos déjame enterrarla, jefe! ¡No he visto en mi vida una mujer tan bonita!

—¿Y enterrarla es todo lo que se te ocurre? —Gruñó Edgar.

Tabert puso la derecha sobre la culata.

—¿Vas a impedirlo tú? ¿Tú, que sólo llevas un mes en la banda?

—¡Cómo casi todos vosotros, imbéciles! ¡Nuestro grupo se formó hace muy poco! El único que había cabalgado antes con el jefe es Morris. A los demás nos buscó uno por uno.

Taylor les dirigió una extraña mirada a los dos.

—No quiero la menor discusión por causa de esta mujer —dijo —. Esta noche estará enterrada; pero os advierto que alguien podría acompañarla si oigo una sola palabra de más.

Acarició la culata del revólver y todos quedaron en silencio.

Durante más de una hora avanzaron a poca velocidad por el cauce del riachuelo, chapoteando en el agua los cascos de los caballos. Estaban absolutamente seguros de no haber dejado

ninguna huella cuando se adentraron en un bosquecillo que, poco a poco, se iba haciendo más espeso, hasta encontrar por fin una cabaña de troncos en el punto más oculto.

Debía ser una cabaña construida por aficionados a la caza. Era pequeña, pero sólida. La puerta estaba cerrada.

Taylor abrió, empleando una llave, y todos pasaron al interior, donde los objetos estaban en orden, aunque cubiertos de polvo.

Había dos camas. Sobre una de ellas, Edgar tendió el cuerpo de la muchacha. Buscó aceite y encontró un poco, cubriéndole con él las manos y los párpados. Luego la vendó, empleando un pedazo de la combinación de la muchacha.

Ésta había perdido el sentido media hora antes, a causa de la fatiga y el dolor. No se dio cuenta de nada, aunque sí los atracadores, que miraban a Edgar con extraña expresión.

—¿Para qué tantos cuidados? —preguntó Taylor al fin—. Eres el fulano más imbécil con el que me he tropezado en mi vida, muchacho. Me he estado callado hasta ahora porque tenía curiosidad por ver tus habilidades y porque me interesaba registrar los maletines, que no contienen más que ropa. ¡Pero ya se me ha agotado la paciencia! ¡Estoy harto de verte hacer de mamá enfermera! ¡Vamos a registrarla de una vez! ¡Tú, Tabert, encárgate de ella!

CAPÍTULO V

Tabert se aproximó con una sonrisa torcida, dando por descontado que no habría dificultades y relamiéndose por anticipado al pensar en lo agradable qué iba a resultar el registro de la muchacha.

Pero Edgar Lessing, ante la sorpresa general, avanzó un paso.

—¿Ocurre algo, muchacho? —preguntó Taylor, con los ojos entrecerrados.

—Sólo una cosa; no me gusta que delante de mí se ultraje a una mujer.

Taylor sonrió. Si Edgar lo hubiese conocido mejor se habría dado cuenta de lo peligrosa y dañina que aquella sonrisa era.

—¿Y quién habla de ultrajarla, muchacho? —preguntó en voz baja.

—Quitarle las ropas estando ella sin sentido es ya un insulto y una cobardía. ¿Por qué no esperar a que vuelva en sí? Entonces ella misma puede quitarse sus prendas y dárnoslas para que las examinemos.

—¿Y se las quitará en ese otro cuarto?, ¿verdad…? —Gruñó Tabert—. ¿Qué es lo que pretendes, imbécil? ¿Aguarnos la fiesta?

Y fue a apartar a Edgar de un manotazo, disponiéndose a desgarrar el vestido de la muchacha. Pero aún no había llegado a rozarla cuando sintió como si la cabaña entera se le viniera encima. Lanzó un grito cuando el puño derecho de Edgar se clavó en su mandíbula, y rodó por tierra mientras sus tres compañeros sacaban los revólveres.

El más rápido fue Phil. Su arma quedó en línea de tiro cuando parecía que Edgar aún no había tenido tiempo para rozar la culata.

Pero no llegó a disparar.

De pronto Phil, como antes Tabert, tuvo la sensación de que la

cabaña entera se le venía encima. Pero ahora no se trataba de un simple puñetazo, sino de la bala que Edgar acababa de disparar a través de la funda. Phil recibió el plomo en el corazón y cayó hacia atrás con las mandíbulas desencajadas, sin darse cuenta de que moría.

El revólver de Edgar, fuera ya de la funda, trazó un rápido círculo para abarcar a los otros pistoleros. Pero ninguno de éstos había sacado sus armas.

Taylor incluso sonreía.

Sonreía bonachonamente, de una manera inexplicable. Su rostro no era ahora el de un granuja con la cabeza puesta a precio, sino el de un buen padre de familia que reprende a un hijo travieso.

—Pero ¿por qué te pones así, muchacho? —preguntó—. No hay que llevar las cosas tan lejos porque de por medio se hayan puesto unas faldas. Phil y Tabert son unos impulsivos, pero no debiste obrar así. Al fin y al cabo, ¿qué es lo que pretendes?

—Que no se ultraje a esta mujer.

—Nadie ha hablado de ultrajarla, muchacho, nadie… —La voz de Taylor seguía siendo suave—. Simplemente queremos cerciorarnos de que no lleva dinero encima. ¿Qué garantías quieres de que nada le va a ocurrir?

—No puedo exigir ninguna garantía —reconoció Edgar—. Lo único que puedo asegurar es que nunca se ha ultrajado delante de mí a una mujer y que defenderé a ésta con mis armas.

Taylor se pasó la lengua por los labios, que debían estar secos, pero continuó sonriendo.

—Está bien, ya que te tomas las cosas así voy a tener yo la calma que tú no tienes. Puedes quedarte a cuidar de la chica durante un par de horas, hasta que se recupere un poco. Nosotros iremos a echar un trago al parador de que hablabas antes a los muchachos.

—¿Y el dinero? —preguntó Edgar.

—No vamos a dejarlo aquí, como es natural. Si tenemos que estar un par de días en este sitio, no conviene que puedan sorprendernos con los maletines cargados de billetes. Los enterraremos hasta que nos convenga ir en busca del ferrocarril.

Tabert ya se había puesto en pie y se acariciaba los labios cubiertos de sangre.

—Deberíamos matarlo, jefe —dijo con voz tensa—. No hay motivo alguno para aguantar sus caprichos…

—Edgar es un buen elemento y un gran tirador —afirmó conciliadoramente Taylor—. Todos somos necesarios en este momento, de modo que no voy a llevar las cosas por el lado malo. De todos modos, alguien tenía que quedarse junto a la muchacha mientras los demás enterramos el dinero. ¿Por qué no el propio Edgar, si tiene tanto interés?

—No tengo interés en estar junto a ella —gruñó Edgar—. La chica puede quedarse sola.

Taylor le volvió la espalda y empezó a recoger los maletines.

—No, no podemos dejarla sola aquí —gruñó—. Sería capaz de pegar fuego a la casa y al bosque entero. Enterraremos a Phil cerca de los billetes y luego nos iremos a dar una vuelta por el parador. Puede que no sea tan peligroso como yo pensaba. No te quejes si encontramos chicas más divertidas que esa muñeca, Edgar Lessing…

Lanzó una carcajada y abrió la puerta, saliendo cargado con todos los maletines. Entre Morris y Tabert sacaron el cadáver de Phil.

Edgar cerró la puerta.

Dio unos pasos por la habitación y sacó luego la chata botella de licor que llevaba en uno de sus bolsillos. Bebió un largo trago.

La suave voz de la muchacha le hizo volver la cabeza repentinamente.

—Gracias…

Edgar la miró. Como la muchacha tenía los ojos vendados, era imposible adivinar su expresión, pero sin duda había recobrado el sentido. Edgar se acercó a ella, sentándose en un borde del lecho.

—¿Por qué me da las gracias?

—Había recobrado ya el sentido cuando usted hablaba con sus compañeros. Me he dado cuenta de lo que sucedía.

Edgar se encogió de hombros, aunque ella no pudo verlo.

—Bueno, ¿y qué?

—Nada, excepto que debo estarle agradecida. A pesar de tener los ojos vendados, he podido darme cuenta de que se jugaba la vida por mí.

—¿Le duelen los ojos?

—No siento nada… Lo que me duele horriblemente son las manos.

—No se puede hacer nada más por el momento —susurró Edgar—, aunque convendría que la viese un médico. ¿Quiere un trago mientras tanto?

—Nunca he bebido. Sería peor…

—Está bien. Usted se lo pierde.

Y bebió largamente él, hasta vaciar la botella.

Al volver la cabeza, notó que el rostro de la muchacha estaba vuelto hacia él. Doris hacía esfuerzos para dominar su dolor, pero, aun así, tenía los labios crispados. Edgar pensó que ella necesitaba cuidados médicos en seguida, quizá aquella misma noche. De lo contrario, puede que al día siguiente fuera demasiado tarde.

—¿Creo que le será imposible dormir? —susurró.

—Completamente imposible.

—No tengo ahora ningún calmante, pero procuraré encontrar algo. Hay un parador a unas millas de aquí. Quizá puedan ayudarme.

—Encontrará allí a sus compañeros…

—¿Y qué?

—No creo que les guste.

—Ése es asunto mío —dijo Edgar secamente, mientras se ponía en pie—. Además, tengo interés en encontrarlos allí. Trataré de evitar que la maten.

Los labios de la muchacha no temblaron cuando susurró:

—Si he de quedar ciega, más vale que lo hagan…

—Nadie ha dicho que vaya a quedar ciega. Por lo menos no se sabe aún —añadió con menos confianza—. Pero es seguro que le bordarán el cuerpo con plomo cuando vuelvan por aquí, y quizá yo no pueda evitarlo. Necesitará salir de la casa y ocultarse en el bosque mientras yo les entretengo en el parador.

—¿Cómo voy a ocultarme? —susurró Doris—. No veo nada…

—Yo la llevaré a un sitio escondido no lejos de aquí. Tendrá que permanecer quieta y no dejarse ver, aunque la llamen, ¿comprendido? Ni tan siquiera cuando la llame yo, debe contestar, porque puede interesarme fingir ante ellos o pueden obligarme a buscarla. Sólo debe contestar, si yo llamo tres veces seguidas muy rápidamente, ¿entiende? Así: «Doris, Doris, Doris…».

Los labios de la muchacha temblaran ahora.

—¿Conoce mi nombre?

—Lo oí en el Banco. Aquel empleado lo pronunció.

—Entonces usted debe ser Edgar. Reconozco su voz.

—¿Cómo sabe que me llamo Edgar?

—Hace unos instantes sus compañeros lo nombraron así.

Él la miró, y no pudo evitar que un sordo sentimiento de rebelión naciese en su pecho. ¿No podría hacer nada por salvar la vida de aquella mujer? ¿Tendría que ver cómo los otros la asesinaban o la dejaban morir sin ayuda?

—Buscaré un buen sitio en el bosque —dijo de repente—. Ésos ya deben estar lejos.

—¿Ha pensado ya —susurró la voz de Doris—, que le interesa verme muerta? Yo soy un testigo demasiado peligroso. El único testigo…

—Sí —dijo Edgar—, pero también es un ser humano.

Comprobó su revólver y abrió la puerta de la cabaña, atisbando a través del hueco.

Sólo el bosque silencioso se extendía ante sus ojos.

Parecía como si aquél fuese el último rincón del mundo, un lugar creado solamente para la paz y el amor.

Pero Edgar se equivocaba.

—En aquel momento sonó una detonación de revólver y Edgar cayó gritando hacia atrás mientras se llevaba ambas manos a la cabeza.

CAPÍTULO VI

Al rozarle la bala la cabeza y tener Edgar aquella sensación de vértigo que le obligó a caer hacia atrás, salvó su vida sin darse cuenta.

Porque la segunda bala, disparada con más presión, pasó por encima de él sin alcanzarle.

Edgar dio dos vueltas sobre sí mismo, saliendo al exterior y apartándose del marco de luz de la puerta mientras sacaba su revólver.

Unas gotas de sangre resbalaron por su frente, pero pudo darse cuenta de que la bala sólo le había rozado. Aunque continuaba sintiendo una especie de vértigo, era ya dueño de sus nervios.

El pistolero emboscado tras uno de los árboles, muy cerca de la cabaña, disparó otra vez. Fue una tontería.

Edgar pudo adivinar su situación y pudo darse cuenta también de que era un hombre solo. Preparó su revólver, y cuando la cabeza del otro atisbaba hacia la casa, hizo fuego.

Había reconocido a Morris, el hombre de confianza de Taylor. Y tuvo que apretar los dientes cuando la cabeza del forajido saltó hecha pedazos.

Edgar se puso en pie y corrió hacia el lugar donde yacía el cadáver. Le dio vueltas con el pie y comprobó que, en efecto, era Morris, aunque sus facciones estaban casi irreconocibles. Nadie más había por los alrededores.

Enfundó su arma y volvió hacia la casa.

Doris estaba sentada en el lecho, muy rígida, con todos los nervios en tensión. No se había atrevido a moverse a causa de su ceguera, pero Edgar vio que temblaban sus labios.

—¿Qué han sido esos disparos?

—Nada.

—Una emboscada, ¿verdad?

Edgar se mordió el labio inferior.

—Parece que Taylor quiere eliminarme —reconoció—, pero ahora no lo ha conseguido. Uno de sus secuaces, Morris, estaba entre los árboles, esperando acribillarme a balazos.

—Esto ha tenido una ventaja para ti —masculló Doris.

—¿Cuál?

—Ellos deben creer que estás muerto.

Edgar reconoció que tenía razón.

—De acuerdo, eso me da una ventaja. Pero no creo que dure demasiado, porque Taylor y yo pronto nos tropezaremos otra vez. He de ir al parador donde se encuentra ahora.

—¿Por qué?

—Es preciso llamar a un médico. Allí me podrán orientar.

Vio que los labios de la muchacha temblaban otra vez.

—Edgar…

—Es inútil que digas nada. Tampoco pienso hacerte caso.

—Cuando ese médico venga y hable a alguien de todo esto… ¿No te das cuenta? Tú eres un atracador como los otros. Serás ahorcado…

—Hablaremos de eso en otro momento, muchacha —dijo Edgar con una extraña sonrisa.

Y se dispuso a salir de nuevo. Ella lo advirtió por el ruido de sus pasos.

—¿De verdad piensas ir?

—Sí.

—Es una locura. Además… No me atrevo a quedarme aquí sola.

—Agradezco eso porque sé que es una excusa para que me quede junto a ti y así me aleje del peligro. Peto siento no poder complacerte, muchacha. Voy a ir en busca de esos hombres. Tú no correrás, por el momento, ningún peligro porque creerán que Morris nos ha despachado a los dos.

Y sin decir una palabra más, salió, sabiendo que la joven no podría seguirle.

Su caballo estaba paciendo por las cercanías. Lo montó y fue siguiendo las huellas de los otros animales a través del bosque.

Luego se detuvo.

Todo el bosque parecía vibrar. Algo misterioso flotaba en él.

* * *

La casa era pequeña, y su lucecita brillaba en el bosque como en el viejo cuento de Blancanieves.

En una de las camas, la más baja, estaba tendida Doris. Para ella las tinieblas eran impenetrables.

Toda la casa estaba muy abandonada y tenía un aspecto triste e incluso sórdido, pero Doris no lo notaba.

Triste lugar para las últimas horas de una mujer como ella, que había conocido la fortuna, el cariño y todos los bienes de la vida, que contribuyen a hacerla más agradable.

Era joven. Muy joven, pues no tendría más de veinte años. Pero sabía que Edgar no podría volver nunca y que ella iba a morir.

La casa donde se encontraba Doris ahora distaba aproximadamente cinco millas del parador, el lugar habitado más próximo. Aunque gritase, aunque se desesperase, no recibiría ayuda.

El trote de un caballo llegó desde la lejanía, acercándose rápidamente a la casa. Los cascos se detuvieron ante la puerta, y Doris, expectante, escuchó con todos sus sentidos. Alguien, de improviso, empujó brutalmente la hoja de madera y entró en la habitación.

Era un hombre que llevaba un revólver en la mano. Un hombre cuyo aspecto hubiera helado el corazón a cualquiera que no estuviese ciego como la muchacha.

Tabert, sonriendo de una forma siniestra, avanzó poco a poco y se detuvo en el centro de la habitación.

Era un hombre alto, de inmensa corpulencia, con cierto aspecto de gorila y expresión idiotizada. Su labio inferior partido dejaba ver unos dientes amarillentos y desiguales. Tenía una quemadura en su mejilla izquierda. Y todo su aspecto inspiraba un sentimiento mezcla de asombro, repulsión y horror.

Estaba loco de furia porque acababa de descubrir el cadáver de Morris.

—¿Has venido a matarme? —susurró Doris, con voz casi inaudible.

—¿Qué esperas que haga? ¿Llenarte la cara de besos…?

—Prefiero tus balas antes que tus besos —susurró ella.

Hubo un estremecimiento en todos los músculos del gorila.

—Has llegado demasiado tarde —musitó ella—. Ése es mi único consuelo. Una mujer ciega, ¿para qué quiere vivir?

Retiró las ropas, descubriendo su vestido de calle. En ése vestido había grandes manchas de sangre. La sangre ya se había coagulado en parte. Doris no había salido ilesa de la horrible cacería a que fue sometida la diligencia.

Tabert, en el colmo del, furor, sujetó por los cabellos a la mujer y la arrastró fuera del lecho. Ella gemía estremecida de dolor. Ahora pudo verse que todo su vestido estaba empapado de sangre. La arrastró por el suelo y luego la castigó a puntapiés salvajemente.

—Ha sido Edgar quien ha matado a Morris, ¿verdad? Ese perro…

—A ese perro puede que se le ocurra volver…, como se te ha ocurrido a ti.

—No te preocupes. Acabaré con él.

Tabert la volvió a golpear con los dos pies, mientras rugía de rabia. La mujer tenía las manos juntas y sin duda quería rezar, pero el dolor le hacía lanzar gemidos entrecortados y súplicas delirantes. Tabert, cada vez más enardecido, hizo bajar el revólver. Pero en aquel momento una voz susurró desde la puerta:

—Veo que Taylor es astuto y ha querido asegurarse bien, pero creo que te has equivocado, Tabert, tu caballo hacía demasiado ruido al avanzar por el bosque. ¿Eres tan amable de volverte y defender tu cochina vida?

Tabert se volvió con el revólver preparado, lanzando un rugido. Fue lo último que hizo en este mundo.

La bala de Edgar le voló la cabeza cuando él apretaba el gatillo. Su plomo chocó inútilmente contra una de las paredes de la casa.

Doris contuvo un grito.

—No te preocupes; éste no volverá a molestarte más —susurró Edgar—. Ahora sólo queda Taylor, y por tanto esos individuos han dejado de ser un peligro. Pero voy a sacarte de esta casa, Doris.

Ella se puso trabajosamente en pie y vaciló tanteando el aire.

—¿Por qué no me dejas? ¿No te das cuenta de que… vas hacia tu propia muerte?

Edgar la tomó suavemente por un brazo, sin contestar.

La sacó de la casa, y buscó en el bosque un lugar protegido. Lo

halló a poca distancia de allí, entre unos árboles derribados por alguna reciente tormenta.

—Permanece quieta aquí, sin hacer ruido. Afortunadamente, la noche no es fría y nada te puede ocurrir. Yo volveré antes del alba.

Sin una palabra más, se distanció de ella. Doris fue a decir algo, pero oyó ya sus pasos alejándose sobre la hierba.

* * *

El parador al cual se dirigió Edgar era un lugar de fama dudosa, porque a él sólo iban los ganaderos a divertirse sin que se enterase nadie. Había allí chicas, licores y un ambiente discreto, que era todo lo que los ricos ganaderos necesitaban.

De vez en cuando una bailarina más o menos famosa o más o menos provocativa actuaba en el local. Con esto el antro aseguraba su denominación de hotel y sala de espectáculos, por lo que no era clausurado por las autoridades de Kansas City.

Además, el juez Hillary, de aquella ciudad, solía visitar el parador, e incluso administraba justicia allí cuando no le quedaba otro remedio.

Precisamente cuando Edgar se acercaba al lugar, estaba desarrollándose una especie de juicio.

Tres hombres se hallaban sentados a la mesa, y junto a ellos, en pie, había otro. Éste se encontraba esposado ante el juez Hillary, que era uno de los tres individuos sentados.

—¿Nombre? —preguntó con indiferencia el juez, apoyando el índice en unos papeles que tenía sobre la mesa.

—Stephen Horst —declaró el que se hallaba en pie.

—¿Profesión?

—Buscador de fortuna.

El juez le miró de hito en hito, sin apenas levantar la cabeza de los papeles.

—¿Dónde?

—He intentado hacer negocios en Kansas.

—Muy bien. ¿Ha sido usted capturado por esos dos agentes que se encuentran en el exterior?

Stephen miró a los dos jinetes que se encontraban fuera de la casa.

—Sí, fui capturado por ellos.

Dentro del local había función, a pesar del juicio. Los batientes estaban entreabiertos y se veía a una mujer muy ligera de ropa moverse en el escenario. Lo hacía bien, y arrancaba alaridos de entusiasmos a los quince o veinte espectadores.

—Bueno —prosiguió el juez—; resuelto este importante trámite de asegurar su identidad, vamos a seguir con la vista de la causa. Se le acusa de haber matado para robarle a un ganadero llamado Stockton. ¿Es eso cierto?

—Le clavé seis balas entre la barbilla y la barriga. Yo creo que le maté. ¿A usted qué le parece?

—No pregunte usted mí opinión. Pero he de reconocer que seis balas son suficientes para matar a un hombre, sobre todo si éste no abulta mucho, como Stockton. ¿De modo que se reconoce culpable?

La gente chillaba. Se oyó el ruido de una botella al romperse contra el suelo.

—Me reconozco culpable. ¿Qué remedio, si ya estoy cazado?

—¡Magnifico! Con esta franqueza llegará usted a ser algo en la vida, amigo…, si le queda tiempo. ¿Se detuvo a pensar, antes de su repugnante crimen, que Stockton tenía un hijo?

—Bueno, el chico ya es mayorcito —dijo con sorna el pistolero —. Además, no es suyo, sino que lo adoptó al encontrarlo abandonado. Pero no me pregunte por los buenos sentimientos que a veces tenía Stockton. A mí lo que me interesaba era su dinero.

El juez Hillary preguntó:

—¿No ha traído usted un defensor? Es preciso que hable antes de dictar yo la sentencia.

Stephen miró hacia una de las mesas. Caído de bruces en ella estaba un tipo de unos cincuenta años, bien vestido, pero con el cuerpo destrozado por toda clase de vicios. Daba la sensación de que hasta un niño hubiera podido matarle.

—Sí —dijo el acusado—, encontré casualmente a ése cuando me detuvieron. Es el abogado Tucker, de Omaha. Pero dudo de que pueda hablar, porque está borracho.

En efecto, el viejo y decrépito abogado estaba como una cuba. En aquellos momentos era incapaz incluso de decir su nombre.

—Si llego a vivir lo suficiente le mataré —gruñó Stephen.

—No vivirá —decretó el juez Hillary—. La sentencia es: ¡muerte! Y la pena será ejecutada en seguida.

Los hombres que estaban fuera, sobre los caballos, se quitaron unos instantes los sombreros y se los volvieron a poner. Los tres tipos que estaban sentados frente al juez, detrás del acusado, se pusieron en pie.

—Cúmplase la sentencia —replicó el juez.

Uno de los hombres salió del porche para dar la vuelta al local. Sin duda iba a buscar un lazo.

En aquel momento se acercó a presenciar la ejecución un hombre.

Un hombre llamado Taylor.

Fue en el momento en que otro caballo y otro jinete llegaban al parador.

CAPÍTULO VII

Los dos hombres se encontraron casi frente al parador. No se habían visto mientras llegaban, y el gesto de sorpresa con que frenaron sus caballos indicó que tampoco esperaban verse.

Taylor sacó inmediatamente su revólver al ver a Edgar Lessing allí. Pero Edgar no se estuvo quieto.

Movió la derecha e hizo fuego a través de la funda. El revólver que Taylor sostenía ya, saltó hecho pedazos.

Varios de los clientes del parador salieron al porche al oír el disparo. Incluso los que, se prestaban a ejecutar a Stephen retrasaron la ceremonia unos instantes.

—¿Qué haces aquí? —balbució Taylor—. ¿Es este tu sitio?

—Al parecer mi sitio estaba en una tumba, y lo que te sorprende es verme fuera de ella —dijo secamente Edgar—. ¿Te parece éste buen lugar para que discutamos amigablemente, Taylor?

Taylor descendió del caballo, pensando que le sería más fácil parapetarse tras el animal si Edgar intentaba disparar otra vez. Pero Edgar, en lugar de apretar el gatillo, descendió también ante la sorpresa de su antiguo jefe.

—No me gustan los hombres que hacen matar a muchachas ciegas —dijo con una sonrisa cuadrada en sus labios—. ¡De modo que ponte en guardia, Taylor! ¡Tú y yo vamos a tener una «conversación»!

Taylor no se inmutó. Parecía tan tranquilo como si fuese a poner las riendas a un caballo viejo. Esgrimiendo los puños, esperó a que su enemigo acometiese. Éste lo hizo lanzándose a fondo. Taylor se apartó, dejó que pasara por su lado como un bólido, y cuando estaba tras él le propinó un soberbio puntapié, que le hizo chocar de cabeza contra el público.

Hubo carcajadas, gritos, y un gruñido por parte de Edgar. Éste se levantó como si fuera de goma, lanzándose nuevamente a la carga.

Lo hizo con más serenidad ahora, cerrando la guardia. Empezó luego a retroceder, tanteando, y de repente lanzó un cruzado al pómulo. Taylor respondió con un izquierdazo al hígado que Edgar rechazó con el codo. Replicó con la izquierda otra vez al pómulo. E inmediatamente, con la derecha, a la sien, buscando los puntos vitales. Taylor retrocedió un paso. Trató de conectar otro zurdazo al hígado, pues por lo visto éste era su golpe favorito. Edgar saltó hacia atrás, y durante las décimas de segundo en que su enemigo tuvo un raro equilibrio, le conectó otro zurdazo a la sien. Taylor se desplomó, sintiendo como si una enorme campana empezase a resonar dentro de su cráneo.

—¡Aplástale, forastero!

—¡Ésta es tu ocasión! ¡No la desaproveches!

Pero Edgar permitió que su enemigo se levantara. Taylor lo hizo poco a poco, tratando de reponerse. Una nube roja pasaba por sus pupilas.

Taylor se lanzó de repente, como un toro, moviendo los puños en zigzag al tiempo que corría. Iba con la cabeza tan baja que Edgar no tuvo más que levantar la rodilla para conseguir un impacto que se oyó en todo el parador. Taylor se enderezó, con los ojos entrecerrados, como si tuviera sueño. Un gancho al mentón le hizo enderezarse un poco más. Dos cruzados a los ojos le obligaron a tambalearse, perdida momentáneamente la visión. Y por fin, otro gancho alucinante, definitivo, le hizo caer de espaldas como el tronco de una enorme sequoia, sin sentido y con las fauces bañadas en sangre. Los alaridos que ahora lanzaban los espectadores, los vítores, los aplausos, eran ensordecedores.

Un hombre de unos cincuenta años, bien vestido, casi se abrazó a Edgar.

—¡Es usted fenomenal, asombroso! ¡El mejor pugilista que he visto este año! ¿Quiere asociarse conmigo? Yo soy el abogado Tucker, de Omaha. ¡Seré su representante!

Olía a licor a diez millas.

—No me interesa —denegó Edgar—. No sé boxear.

—¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Está borracho?

—Déjese de tonterías. Si lo que hoy se ha visto aquí es boxeo, yo

soy el presidente Lincoln. ¿Sabes dónde hay un médico?

—Naturalmente. Yo le acompañaré. Pero permita que le invite a una copa.

Edgar se encogió de hombros. No se libraría del tipo tan fácilmente. Conocía a esa clase de hombres que no abandonan un negocio hasta después de llevar toda una noche discutiendo. Se resignó.

—Bien. Vamos a donde usted quiera.

El grupo se había disuelto, aunque los hombres hablaban entre sí apasionadamente de lo que acababan de presenciar. Cuando hubieron caminado unos instantes, Edgar preguntó:

—¿Dónde encontraré al médico?

—Dentro del local. Hoy hay unas atracciones excelentes, ¿sabe? Yo no soy de aquí, pero había oído nombrar mucho este sitio y sé que incluso hay un médico por si surge un desafío. Pase, pase…

Una bailarina estaba actuando cuando entraron ellos dos.

Todos los hombres estaban boquiabiertos y con los ojos brillantes como bengalas.

La bailarina iba vestida más o menos como era costumbre, o sea qué no se había gastado ninguna fortuna en ropa. Ahora bailaba a los acordes del piano, y lo hacía como una sílfide mágica, como un hada, como una aparición. Edgar pensó que no sólo tenía las piernas más bonitas que recordaba haber visto. Todo en ella era escultural, armónico, perfecto.

Edgar se dio cuenta ahora de que su boca se había entreabierto también. Seguramente sus ojos brillaban como bengalas, igual que los de los otros hombres. Intentó serenarse, y en ese momento ella dejó de bailar. Se plantó en medio del escenario agresiva, exuberante, aplastante casi por su misma belleza. Entonces todos pudieron oír su voz, mientras entonaba una vieja canción de los pioneros del Oeste. Era una voz que llegaba hasta la sangre, como la belleza maldita de la mujer. El silencio que se hizo mientras ella cantaba llegó a ser obsesionante. Todos contenían la respiración. Hasta que, de repente, ocurrió «aquello».

La mujer dejó de cantar. Paseando su mirada indiferente por el público había visto a Edgar. Rechinó los dientes, apretó los puños y gritó:

—¿Qué haces aquí, perro?

Al principio todos creyeron que aquello formaba parte de la canción. Hubo incluso alguna risotada. Pero cuando la mujer saltó del escenario, dirigiéndose hacia Edgar como una leona herida, docenas de rostros atónitos se volvieron en aquella dirección.

Edgar puso los brazos en jarras, negligentemente, y se apoyó en el largo mostrador.

—¿Qué te ocurrió ahora, guapa? ¿Forma esto parte de tu repertorio?

Ella no dijo una palabra más. Se abalanzó sencillamente sobre Edgar y empezó a abofetearle con todas sus fuerzas, con toda su saña. Los golpes eran tan violentos que producían un chasquido sordo y hacían ir de un lado a otro la cabeza del joven. Pero éste no se inmutaba. Seguía con los brazos en la cintura y la espalda apoyada en la barra, mirando a la bailarina con una extraña media sonrisa.

Al fin, los golpes parecieron cansarle. Pero más cansada estaba la mujer, que jadeaba espasmódicamente. Edgar la enlazó por la cintura, la levantó entre sus hercúleos brazos y la besó en los labios, a pesar de los desesperados esfuerzos de la muchacha para evitarlo. La besó por lo menos tres veces, entre las carcajadas estentóreas de la muchedumbre. Y luego la levantó un poco más y la sentó delicadamente en la barra.

La muchacha pateaba, lanzaba las piernas al aire y trataba de herir a Edgar con sus zapatos de alto tacón, sin conseguirlo. Perdió uno de ellos, en sus frenéticos movimientos, y entonces se puso a insultar al hombre en voz alta.

Edgar recogió el zapato, sujetó a la muchacha por un tobillo y se lo puso a pasar de sus frenéticos movimientos. Luego se llevó la mano derecha al sombrero, saludando, y echó a andar hacia la salida del local.

Ella la siguió entre las risotadas de los espectadores, que estaban tan absortos en aquella escena que ni siquiera se habían dado cuenta de que un forajido llamado Stephen pendía ya de una de las vigas del porche.

La bailarina alcanzó a Edgar en la puerta. Él se volvió con facciones inexpresivas.

—Hola, Susan.

—¡Merecerías que te matase! —gritó ella—. ¡Por lo que acabas

de hacer merecerías que te matase como a un perro!

Él siguió andando sin hacerle caso. Se hundieron en una zona de sombras cercana al parador.

—¿Lo he hecho bien, cariño? —preguntó—. ¿Parecemos de verdad dos enemigos?

—Has exagerado un poco tu papel, pero no has estado mal del todo. Lo que ignoraba es que te encontrases aquí.

—Es que suponía que acabarías pasando por este lugar, cariño. ¿Dónde está el dinero? Debemos ser ya dueños de una fortuna, amor… ¿Podemos casarnos ahora?

CAPÍTULO VIII

Edgar separó unos instantes los suyos de los labios de la mujer, que ya iban a besarle.

—El dinero lo ha ocultado Taylor. No sé exactamente dónde está, pero puedo encontrarlo. Debe hallarse sin duda en un bosque, a pocas millas de aquí.

—Y Taylor, ¿dónde está?

—Hemos tenido un buen intercambio de golpes hace un momento, pero no he llegado a matarle.

—¿Por qué no lo has hecho? ¿Te das cuenta de que él es ahora el peor enemigo que tienes?

—Taylor ya procurará que lo encuentre otra vez, Susan, y entonces hablarán los revólveres.

Estaban los dos en una especie de callejón que formaban el parador y otro edificio más pequeño destinado a cuadras. La penumbra les envolvía. Y fue entonces cuando vieron llegar hacia ellos aquel carruaje lanzado al galope.

Del carruaje tiraban dos caballos negros, jóvenes, llenos de excitación por una larga galopada. Una mujer vestida de negro lo conducía, aunque dos hombres iban sentados también en el asiento delantero. Penetraron en el callejón como una tromba, amenazando arrollar todo lo que se interpusiera a su paso.

Edgar, para no ser arrollado en compañía de la muchacha, tuvo que ladearse y golpear en el morro a uno de los caballos, haciéndolo encabritarse.

El golpe y los relinchos de los caballos debieron oírse en todo el parador.

Edgar salió despedido y cayó a tierra, dando una vuelta de campana sobre sí mismo. De los dos caballos que venían lanzados al

galope, uno se rompió una pata. El otro relinchó furiosamente, y las ruedas del carruaje quedaron empotradas en el polvo a causa de la brusca frenada, pero sin que ninguno de sus ocupantes cayera a tierra.

Edgar se levantó con dolor en todo el cuerpo, pero sabiendo que no se había roto ningún hueso. Se sacudió el polvo de las ropas con un par de movimientos y se inclinó sobre Susan, que no había sufrido más que unos rasguños.

No dirigió una sola mirada a los del carruaje. No había venido allí a buscar pelea ni le interesaba provocarla. Sólo buscaba un médico. Pero en este momento, delante de sus ojos estalló un fogonazo.

El revólver que tenía en la funda saltó en dos pedazos. Edgar Lessing alzó un poco la cabeza y miró hacia el frente.

Era uno de los hombres que acompañaban a la mujer el que había apretado el gatillo. Un tipo de unos treinta años, alto, bien vestido, con un sombrero inmaculadamente blanco.

El otro, joven también e igualmente bien vestido, se mantenía a la expectativa con la mano sobre la culata de su revólver, trabajado en plata. Las facciones de ambos hombres estaban contraídas por el furor.

Los reconoció. Eran Tony Galea y Stanley Burns, dos forajidos, dos granujas buscados en todo Kansas.

Edgar miró entonces a la mujer. La mujer, vestida de negro, con los labios intensamente rojos, la mirada entenebrecida por una expresión de odio, era una de las más bonitas que recordaba haber visto.

Susan gritó:

—¡Es Patricia, la dueña del parador!

Patricia tenía aún las riendas engarfiadas entre sus manos, y sus dientes blancos y puros entrechocaban a consecuencia de la excitación y la ira. Quiso hablar y no pudo. Fue Edgar el que murmuró:

—Lo siento. Sólo quería salvar mi vida y la de esta mujer. Nos hubiesen arrollado.

—Está bien. Sálvese.

La invitación había partido de uno de los dos hombres. Edgar fue a tomar por el brazo a Susan, pero una bala le hirió la mano

cuando ya rozaba a la muchacha.

El proyectil dejó junto a sus dedos una línea roja.

Un grupo de curiosos se había congregado ya para presenciar la escena, y de buena parte de las gargantas partió una sonora carcajada.

Edgar arqueó ligeramente las cejas y se mordió los labios. Parecía como si fuera a insultar, a amenazar, pero en lugar, de esto murmuró:

—No quiero pelea. Déjenme en paz.

Hubo un instante de silencio, causado por lo inesperado de la petición. Uno de los hombres, el que había hecho los disparos, preguntó:

—¿Lo terminamos? ¿No te molestará que delante de ti le demos un buen escarmiento, Patricia?

—¿A mí? ¿Por qué me va a molestar? La pata de mi caballo vale mucho más que la cochina vida de ese hombre. Dadle un escarmiento de los que se recuerdan y luego arrojadle a puntapiés de este lugar.

Los dos hombres descendieron a la vez del carruaje, Edgar Lessing, con los ojos entrecerrados, musitó:

—No quiero matar a nadie más esta noche. He pagado el entierro a bastante gente y no me queda ya dinero.

Los dos hombres lanzaron una unánime carcajada. Eran fuertes como toros y los tendones de sus cuellos se tensaban al reír. No habían guardado los revólveres, pero era evidente que no pensaban disparar con ellos. Por el contrario, pensaban únicamente en emplear sus puntos de mira para «repasar» la cara del adversario. Y Edgar sabía que muchos hombres que se ven castigados de esa manera acaban pidiendo a gritos una bala.

—No quiero matar a nadie —repitió.

—¿Pero quién crees que eres tú? —rió uno de sus adversarios.

—He dado miedo a otros perros.

Los músculos de los cuellos se tensaron un poco más. Se hizo un instante de silencio.

Hubo como un chasquido en la garganta del hombre que había hecho los dos disparos.

—¡Creo reconocerle…! ¡Es Edgar Lessing, uno de los hombres de la banda de Taylor! ¡Puede que encontraran la diligencia! ¡A por él!

Los dos se lanzaron a la vez, levantando las culatas. Vinieron uno por cada lado, y Edgar no tuvo más remedio que emplear una treta que no resultaba muy elegante, pero que le habían enseñado en Texas y que siempre era eficaz.

Se lanzó de espaldas y entreabrió ambas piernas, disparándolas una por cada lado, cuando sus enemigos llegaron a una distancia conveniente. Ambos recibieron el golpe en el estómago y cayeron hacia atrás, lanzando un doble alarido.

Hubo un sordo clamor en el grupo. Y se oyó la voz de Patricia, mientras gritaba:

—¡No le dejéis escapar!

—¿Quién va a escapar, preciosa? —preguntó Edgar, en voz alta.

Antes que sus enemigos, se puso él en pie. Cuando uno de ellos se incorporaba, le propinó un salvaje rodillazo en el mentón, enviándole hacia atrás con los dientes partidos. Su alarido se escuchó en todos los rincones del parador, mezclando al grito de asombro de la muchedumbre.

El otro ya estaba sobre Edgar. Éste vio venir la culata, se ladeó y recibió el impacto en el cuello. Una línea de sangre se marcó en su piel, arrancándole un gemido.

Se escuchó la respiración alterada de su enemigo mientras hacía girar un poco el revólver. El punto de mira de éste, pasó ahora por la mandíbula de Edgar. El joven sintió un vivísimo dolor, como si el metal penetrase hasta su hueso maxilar, y cayó de espaldas. Su segundo enemigo ya se había puesto en pie, le propinó un terrible puñetazo en la nuca, haciendo sentir a Edgar como si todo su cerebro fuese sacudido por unas manos sangrientas. Aquel golpe por la espalda había sido de los más miserables, y los hombres que contemplaban la pelea guardaron un silencio ominoso, desaprobador, como si ya nada de lo que sucediera en adelante hubiera de despertar su entusiasmo.

Pero estaban equivocados. Aún lanzaron un alarido cuando Edgar sujetó con ambas manos la diestra de un enemigo, que iba a aplastarle la cabeza con la culata, y ayudado por un hábil movimiento de piernas le hizo dar una vuelta de campana. Un segundo alarido se escuchó en el callejón cuando Edgar, levantándose con una agilidad increíble, esquivó el gancho de su otro adversario y de un directo lo envió contra la primera barrera

de espectadores, con las facciones ensangrentadas.

Pero aquellos movimientos habían sido sólo impulsados por reflejos musculares, y cuando terminó de realizarlos, sus fuerzas bajaron verticalmente. El golpe recibido en la nuca había sido casi de los que deciden una pelea. Notó que sus rodillas vacilaban y cayó a tierra. Tuvo que inclinar su cabeza porque el cuello se negaba a sostenerla.

«Necesito respirar —se dijo—. Necesito que me dejen treinta segundos para respirar».

Pero sus dos enemigos no le concedieron esos treinta segundos. Patricia gritó:

—¡Guardad los revólveres…! ¡Con los puños será mejor!

Uno de los dos propinó un salvaje puntapié al rostro de Edgar, que cayó de costado como un pelele. Otro le sujetó entonces por los pies, lo volteó hábilmente, entre los alaridos de la multitud, y lo lanzó contra las ruedas del carruaje de Patricia. La cabeza de Edgar chocó contra los radios, y su sangre salió despedida tan violentamente que llegó a manchar las patas de los caballos.

Edgar quiso gritar algo y tuvo que asirse a los radios de la rueda para no caer definitivamente. Sus dos enemigos llegaron en este momento.

—¡Vamos! ¡No hemos terminado aún!

—¡Al contrario! ¡La diversión empieza ahora!

Unas zarpas le sujetaron por la camisa y le hicieron levantarse. Otras le obligaron a dar la vuelta. Y un puño macizo, como de hierro, se aplastó contra su rostro. Edgar cayó nuevamente hacia atrás, y su cabeza chocó contra el pescante, donde estaban posados delicadamente los pies de Patricia.

Ésta le apartó, haciendo un gesto despectivo. Edgar al bambolearse, recibió dos directos a los pómulos que le hicieron caer a tierra con la sensación de que el mundo entero daba vueltas dentro de su cráneo.

Desde el suelo, contempló el polvo del callejón, y al fondo el carruaje de Patricia, rodeado de espectadores. Vio también a sus dos enemigos que se acercaban como torres humanas, seguros ya de su victoria, haciendo sonar sus espuelas.

Edgar respiró fuerte una sola vez. Iba a morir allí, pero moriría elegantemente. «Aún puedo resistir un poco», se dijo. Los últimos

golpes de sus enemigos habían sido más espectaculares que efectivos, buscando solo producir la mayor cantidad posible de heridas sangrientas. En cambio, habían descuidado la nuca y el mentón, zonas donde un solo golpe habría acabado con Edgar definitivamente. Ahora ya podía mover el cuello y no le bailaban los ojos, pero sabía que aquella pelea con dos enemigos a la vez iba a costarle la vida.

Y Edgar Lessing se dispuso a morir.

Se puso en pie y avanzó poco a poco, esgrimiendo los puños, Patricia, que ya le creía acabado, le miró con atención. Entre la muchedumbre se produjo un angustioso silencio.

Dejó que sus enemigos atacaran, para ver cuál era ahora su táctica. Y su táctica resultó ser la misma de antes, es decir, la de atacar los dos a la vez y repasarles a puñetazos lo más dolorosos posibles.

Uno por cada lado se le vinieron encima. Edgar se lanzó hacia la izquierda, tendió un pie e hizo la zancadilla a su adversario de aquel lado. El coloso cayó a tierra, lanzando una maldición, y su compañero pasó de largo, yendo a chocar contra la primera fila de espectadores.

Fue éste, al volverse, el que se encontró con Edgar Lessing.

Edgar había preparado los puños, y cuando su enemigo volvió el rostro, disparó los dos casi a la vez. Sabiamente, buscó los ojos de su adversario, quien lanzó un alarido al sentir que la sangre le dejaba ciego por unos instantes.

Y esos instantes fueron los que aprovechó Edgar Lessing.

Con la izquierda golpeó la sien de su adversario, y con la derecha le propinó en la mandíbula un gancho alucinante. Se oyó en todo el callejón el chasquido de los huesos. El círculo de espectadores se había hecho más estrecho, y muchos babeaban de entusiasmo.

Alguien gritó:

—¡Cuidado!

El joven llegó a tiempo de volverse y esquivar el culatazo que iba dirigido a su cráneo. Se ladeó, ahora mejor que la primera vez, y el revólver se estrelló contra su hombro. Movió el brazo del lado contrario y golpeó a su enemigo detrás del pabellón de la oreja.

El gigante se bamboleó, a punto de perder el equilibrio,

sintiendo que algo vacilaba dentro de su cráneo. Un gancho de Edgar, lanzando en sentido vertical, de abajo arriba, igual que un cohete que se eleva, encontró su mandíbula y lo hizo caer hacia atrás como un guiñapo. Entre sombras, vio Edgar a Patricia, que permanecía quieta, pero cuya boca se había entreabierto de asombro.

Quedaba el primer enemigo otra vez. Edgar sabía que mientras uno caía se levantaría otro, y que llegaría a tenerles a los dos frente a sí otra vez. Entonces habría llegado el fin. Le matarían a golpes como a una fiera rabiosa.

Pero había resuelto no volver a caer hasta que le llegase la muerte. Y se dispuso al combate con la furia del que sabe que emplea las últimas energías de su vida.

Vio que los ojos de su enemigo no estaban firmes y que la sangre seguía cegándoles. Eso era buena señal, aquel hombre debía sentir en el cráneo lo mismo que él sintió minutos antes, y sus golpes no serían fuertes. Edgar se dijo que sería necesario no dejarle descansar.

Buscó las zonas neurálgicas, no importándole la espectacularidad de los golpes. Un cruzado al pabellón de la oreja hizo vacilar a su enemigo. Otro bajo su mandíbula le hizo doblarse, imprimiendo a su cuerpo un giro que casi lo obligó a ponerse de espaldas.

Edgar esperó un segundo para que su enemigo pudiera tener posibilidades de esquivar aquel golpe, unió ambos puños y le propinó un mazazo a la nuca con todas sus fuerzas.

Se oyó un chasquido, y el hombre cayó como fulminado por el rayo. Edgar supo instantáneamente que acababa de matarle, y una sensación amarga y densa subió a su boca, como una náusea que sintiera al contemplarse a sí mismo.

Las voces excitándole arreciaban a su alrededor.

—¡Haz con el otro lo mismo!

—¡Desnúcalo también!

—¡Cuidado!

Otra vez la misma advertencia. Edgar vio que su segundo enemigo se disponía a amartillar el revólver, y de un puntapié se lo hizo saltar por los aires. Las manos del gigante sufrieron como un calambre, mientras el revólver trazaba una parábola antes de llegar

al suelo.

—Nada de jugadas sucias, amigo —susurró Edgar, mirando a su adversario—. Si quieres seguir viviendo emplea los puños solamente.

—¡A los coyotes se les mata con una bala!

Fue a sacar el revólver izquierdo, pero otro puntapié de Edgar lo hizo saltar de la funda antes de tiempo.

Los dedos de su enemigo se cerraron en el aire, inútilmente, mientras los espectadores lanzaban una carcajada.

Edgar pasó al ataque. Ahora luchaba contra un hombre solo y sabía que podía vencer. Le conectó un corto al estómago, cargando el peso, y su enemigo vaciló. Él le ayudó a caer de un gancho fantasmagórico que produjo como un «raac» de huesos en el callejón e hizo volar por los aires a su enemigo, hasta dejarlo postrado en tierra.

Se levantó, sin embargo, dispuesto a continuar hasta el fin aquella lucha a muerte. Edgar, con la izquierda, le cruzó el rostro y le hizo retroceder.

El hombre chocó contra el carruaje de Patricia, que estuvo a punto de caer volcado. Se volvió, y entonces Edgar le propinó una serie alucinante, fantástica, increíble, en la que los ganchos, los cruzados y los cortos se combinaban con una rapidez meteórica y con una precisión implacablemente científica, buscando la destrucción total del adversario.

La muchedumbre babeaba de entusiasmo, las gargantas rugían, los dedos, ansiosos, se crispaban en el aire. Nunca en aquel lugar de diversión se había visto una pelea como aquélla, y a cada nuevo golpe de los que hacían estremecer el aire, parecía como si los edificios hubieran de hundirse.

Patricia estaba pálida en su asiento, quieta, y tenía los ojos cerrados. Sus labios estaban plegados en una mueca de dolor, como si ella misma recibiera los golpes.

Edgar vio que su enemigo aún reaccionaba, y le lanzó un dos uno combinado a las sienes. Los impactos fueron definitivos y el hombre se arrugó. Como Edgar esperaba, no cayó verticalmente, sino que sus rodillas empezaron a vacilar y fue girando poco a poco hasta ofrecerle la espalda. La nuca se mostró también dispuesta a recibir el castigo demoledor de sus puños.

—¡Atízale!

—¡Matar dos hombres a golpes no le ha hecho nadie en Kansas! ¡Hazlo tú! —gritó alguien.

Edgar levantó el puño, pero no lo dejó caer. Aquel hombre ya no podía defenderse. Y él no atacaría nunca a un adversario que no tuviese toda la fuerza para oponerse a sus golpes.

Recogió al enemigo en sus brazos y lo levantó para depositarlo sobre el pescante del carruaje de Patricia.

Luego se apoyó en el brazo de Susan y regresó al parador lentamente, empleando las pocas fuerzas que aún quedaban en su cuerpo.

CAPÍTULO IX

Fue el abogado Tucker, pese a estar aún medio borracho, quien le atendió al entrar en el local. Fue él quien llamó al médico que, de una forma fija, vivía en el garito.

—He oído decir que es un granuja —cuchicheó Tucker a oídos de Edgar—, pero como médico resulta aceptable. Patricia, la dueña, la tiene aquí por si hay jaleo. Un herido al cual atiendan prontamente no tiene ganas de protestar ante el *sheriff*.

—¿Querrá atenderme después de saber que yo me he enemistado con la dueña de todo esto? —susurró Edgar.

—He oído decir que Patricia es orgullosa, pero inteligente. Preferiría que usted salga de aquí por su propio pie y sin buscarle conflictos.

El médico, un hombre joven, pero con los ojos enturbiados por las drogas y el alcohol, examinó rápidamente a Edgar y le lavó las heridas ayudado por Susan. Mientras, el borrachín Tucker había salido fuera a explorar el campo.

—No tiene nada grave —dijo el médico a Edgar—, pero necesita descansar por lo menos un día entero. Le han dado una paliza descomunal.

—No hay por aquí ningún sitio para descansar, excepto éste —murmuró Susan—. Pero Patricia no le dejará quedarse.

—Seguro que no.

—Puedo montar —dijo Edgar—, aunque sin correr. Conozco una casa de troncos a unas millas de aquí. ¿Puede acompañarme, doctor…? Una mujer necesita ayuda.

Susan alzó la cabeza.

—¿Una mujer?

—Una muchacha que ha quedado ciega.

—¿Completamente? —preguntó el médico.

—No creo. Espero que pueda curarse.

—Dudo que la señorita Patricia me deje ir —farfulló el médico —. Pero se lo pediré.

Edgar le detuvo por un brazo.

—Usted no le pedirá nada. Vendrá conmigo y en paz. Si esta señorita tan distinguida llamada Patricia tiene algún inconveniente, dígale que me envíe a sus pistoleros y lo discutiremos.

El médico no se atrevió a replicar. Sé había dado ya cuenta de que Edgar era capaz de organizar allí una matanza antes de que lo eliminasen a él. Y eso no convenía a nadie de los que vivían del vicio encubierto en aquel lugar.

—Iré —dijo.

En aquel momento entró el abogado Tucker llevando una botella en la mano derecha y un revólver en la izquierda.

Sus pupilas semi llorosas por el alcohol miraban a Edgar.

—¿Sabe usted a quién ha matado, amigo? ¡Nada menos que a Stanley Burns! ¿Se da cuenta? ¡Y el otro fulano era tan peligroso como él; un tipo llamado Tony Galea!

—¿Por qué trae ese revólver?

—Es precisamente el de Tony Galea. Usted no tiene arma, ¿verdad?

—¿Y Tony ya no lo necesita?

—Tony Galea acababa de morir.

—¿Cómo? Es imposible. Mis golpes no han sido tan fuertes como para eso.

—¿No recuerda que antes se pegó usted con otro fulano?

—Sí. Con un individuo llamado Taylor.

—Pues bien, no sé qué había entre los dos, pero ese tal Tony Galea ha visto a Taylor al recobrar el sentido y le ha preguntado si habían visto una diligencia despeñada. Taylor se ha puesto furioso y ha intentado apuñalarlo. Lo ha conseguido, desde luego, pero a costa de que el otro, con sus últimas fuerzas, le clavara una cuchillada también. Ha sido una broma de verdad. ¡Los dos han muerto! ¡Vaya lugarcito para divertirse!

Edgar se puso en pie.

La cabeza le zumbaba y se sentía incapaz de pelear otra vez y aun de sostenerse sobre la silla derecho, pero necesitaba hacer un

supremo esfuerzo para llegar cuanto antes junto a Doris. Si no lo lograba, la muchacha tal vez quedaría ciega para siempre. O terminaría muriendo, sola en aquel rincón del bosque.

El médico estaba nervioso. Sus dedos temblaban.

—Si salgo de aquí sin decir nada a Patricia, ella es capaz de… —empezó a murmurar.

—No vuelva a decir tonterías ¡Vamos!

—Ya me doy cuenta de que usted no la conoce. No sabe qué clase de mujer es.

—Me he podido dar cuenta esta noche. Es la dueña de este antro y además está en relaciones con granujas como Stanley Burns y Tony Galea. Seguramente ellos contaban con su ayuda para buscar la diligencia que se despeñó. Sabían que hay pocos lugares habitados por esta zona y que aquí tal vez hallarían noticias.

Las nubes de la borrachera se iban disipando cada vez más de la cabeza de Tucker, el viejo y granujiento abogado.

Cuando vio a Stanley Burns y a Tony Galea en el carruaje no se le ocurrió relacionar su presencia allí con una diligencia despeñada, noticia que él ignoraba aún. Pero ahora su mente, más despejada al fin, iba atando cabos. ¿De modo que la diligencia donde viajaba el joven Stockton se había despeñado? ¿De modo que se había ido al infierno un millón de dólares?

—¿Usted quién diablos es? —preguntó de repente—. ¿Cómo se llama?

—Edgar Lessing.

—¿Y qué acaba de decir de una diligencia despeñada?

—Un correo procedente de Kansas City fue asaltado y se despeñó por un barranco.

—¿Qué tiene que ver eso con Stanley Burns?

—Por lo que voy deduciendo, él era el jefe de la banda que atacó la diligencia.

Tucker reflexionó rápidamente, intentando que él joven no notara su turbación.

—¿No hubo supervivientes? —musitó al fin.

—Sólo una mujer. Para eso necesito al médico.

—¿Y un joven llamado Stockton?

—¿Quién es Stockton?

Tucker se mordió los labios.

—No haga caso; perdóneme, Stockton es un joven que tenía que salir de viaje precisamente esta mañana, y se me ha ocurrido pensar en él. ¿Vio usted los cadáveres?

Edgar no vislumbraba la posibilidad de guardar el secreto, puesto que el médico, al fin y al cabo, tendría que estar enterado de lo que sucedía. Contestó:

—Sí. Y había un joven.

—Pobre Stockton… ¿Y dice que esa chica, para la cual necesita ayuda, es la única superviviente?

—Sí.

—¿Por qué no me permite que les acompañe? Yo puedo serles útil.

Edgar se encogió de hombros.

—Por lo menos no creo que estorbe. Haga lo que quiera.

Aunque temía la relación que con todo aquello pudiera tener la banda de Stanley Burns. Edgar veía el horizonte mucho más despejado una vez muertos Taylor y los suyos.

Pensaba que cuanta más gente prestara ayuda a Doris, mejor.

—Un momento. Haré que preparen el carruaje que me ha traído hasta aquí —dijo Tucker.

Y salió precipitadamente.

Pero no fue a las cuadras, donde debían estar descansando los caballos, sino que preguntó antes por las habitaciones particulares de Patricia.

CAPÍTULO X

Edgar Lessing y el médico subían pocos minutos después al carruaje proporcionado por Tucker y emprendían el camino. Condujo Tucker, que parecía muy animoso aquella noche.

—¿Está muy lejos la casa?

—Unas cinco millas.

Edgar, con la cabeza apoyada en el respaldo del carruaje, parecía meditar con los ojos cerrados. Pero lo que realmente hacía era tratar de recobrar fuerzas después de las terribles pruebas sufridas.

Sentía sobre su costado derecho el tranquilizador contacto del revólver de Tony Galea, pero pensaba que ahora no tendría la suficiente rapidez para usarlo.

—¿Es bonita la chica? —Oyó que preguntaba Tucker.

—¿Qué chica?

—Se ve que conoce a muchas, amigo. Quiero decir la de la cabaña.

—Sí muy bonita.

—Yo he conocido a un montón de chicas hermosas a lo largo de mi vida —evocó el viejo borracho, nostálgicamente—. Incluso estuve casado cierta vez y tuve un hijo. Pero… ¡bah…! Esto son sólo lejanas tonterías. El presente es lo que importa.

Sí, el presente era lo único que importaba.

Edgar se dio cuenta en seguida, cuando sonó aquel disparo.

El disparo retumbó en la lejanía, y la bala vino aullando hacia ellos. El animal, que la oyó silbar junto a su cabeza, se encabritó salvajemente, hizo dos piruetas y terminó volcando el ligero carruaje. Edgar, Tucker y el médico salieron disparados hacia la tierra del camino.

Tucker lanzó un grito de dolor, pero ese dolor se transformó en asombro al ver que, mientras caía, Edgar había sacado ya el revólver.

Otro disparo partió de la penumbra que se cernía sobre la llanura. Era esa hora de la luna alta en que los hombres se confunden con las sombras, parecidas a seres humanos. Imposible adivinar de dónde procedían los disparos.

Edgar hizo señas a los otros dos hombres para que permanecieran quietos.

—No hagan ninguna imprudencia. Permanecen inmóviles aquí y traten de no llamar la atención de ninguna manera. Yo me encargaré de ese amigo del rifle.

—¡Es una emboscada! —jadeó el médico.

—Pues si lo que querían era matarnos, tienen bastante mala puntería. Continúen quietos.

Se había producido un repentino silencio, y esto desorientó a Edgar. Ni siquiera estaba seguro de que fuese sólo uno el emboscado que tiraba contra ellos. Poco a poco fue acercándose al lugar de donde antes partieran los fogonazos, saltando de matorral en matorral, sin que se produjesen nuevos estampidos. Ya empezaba a creer que su enemigo se había alejado cuando éste empezó a actuar de nuevo.

Un disparo hecho desde poca distancia hizo saltar cabellos de la cabeza a Edgar. El joven sintió como un vértigo y cayó al suelo. Esto le salvó la vida, porque dos balas más rasgaron el aire y pasaron por encima de él a escasa distancia. De haber sido el rifle un arma más veloz, los plomos habrían acabado con él.

Edgar lanzó una maldición, pero no hizo fuego. Instantes después, dos sombras corrieron entre los matorrales para guarecerse en una cercana vaguada. Los relinchos de los caballos advirtieron a Edgar.

Hizo un solo disparo, y uno de los hombres cayó. El otro logró montar y emprendió una salvaje galopada vaguada abajo, protegido ya de todos los disparos.

Edgar, seguido ahora por Tucker y el médico, se aproximó al hombre. Éste estaba caído de bruces en el suelo y tenía la nuca atravesada de parte a parte.

—No ha sido un mal disparo —susurró Edgar—. Lamento no

haber alcanzado al otro. Desde luego, no parecían demasiado astutos.

Edgar pronto iba a comprobar que estaba equivocado.

Un leve chasquido producido entre los matorrales le puso en guardia. Se ladeó, dando un empujón a Tucker, y sus dientes entrechocaron mientras crepitaba su revólver. Todo fue tan rápido que apenas hubo tiempo para verlo.

Un hombre había aparecido entre los matorrales, a espaldas de Edgar. Aquel hombre, que estaba agazapado en espera de su oportunidad, logró disparar, pero Edgar fue más rápido. Su primera bala atravesó el pecho del hombre, y la segunda le penetró en la cabeza.

Un hilillo de sangre apareció en la manga izquierda de Edgar. El médico, que miraba obsesionado a los dos muertos, tardó en darse cuenta de esto.

—Le han herido…

—Sólo un rasguño. Si ese hombre se hubiese quitado las espuelas para asesinarme por la espalda, seguro que habría conseguido su propósito. Pero ha sido tan imbécil como para dejárselas puestas.

Tucker miraba a los dos cadáveres con expresión reconcentrada, sin acertar a comprender que aquel golpe que él había planeado sobre la marcha con Patricia hubiese podido fallar.

Estaba seguro de que Edgar Lessing sería eliminado.

Y entonces él podría buscar en el bosque a la única muchacha superviviente, la cual tal vez sabría algo del cheque. Al menos, era la única oportunidad.

Pero todo había fallado. Edgar Lessing seguía vivo, y dar con el cheque del millón de dólares le iba a ser cada momento más difícil.

Fue el médico el que se dio cuenta de la atención con que miraba los cadáveres.

—¿Les conocía? —preguntó.

—Sí —confesó Tucker—. Creo que los había visto antes de ahora.

—¿Quiénes eran?

—Uno se llamaba Joe Larsen, y el otro Ted Ramiro. Dos pájaros de cuenta, según me parece recordar. Últimamente, estaban asociados con Stanley Burns.

—¿Sabe para qué? —preguntó Edgar.

—Supongo que para asaltar la diligencia de Kansas.

Tucker sabía por experiencia que para desorientar a una persona no hay que decir mentiras, sino medias verdades.

Y esto era lo que estaba haciendo ahora.

—¿Sabe cuántos hombres estaban asociados con Stanley Burns para ese golpe? —insistió Edgar.

—No puedo recordar bien, pero creo que eran seis. Ahora deben quedar vivos Luke Morton y Albert Cazou.

Tucker sabía esto porque se lo había dicho Patricia, la dueña del parador. Y ahora pensó que era una suerte que sólo quedasen vivos aquellos dos pájaros. De este modo, cuando se hallara el cheque, serían menos a repartir. Y ahora, con un poco de suerte, era posible que pudiese quedarse con el millón para él solo.

Pero la voz de Edgar interrumpió esos pensamientos.

—Bueno, al menos hay una cosa segura; y es que ésos no nos molestarán más. Tratemos de poner en condiciones el carruaje. Hay que dar con aquella muchacha.

Volvieron al lugar donde poco antes había comenzado el ataque. El vehículo estaba algo desballestado, pero no tenía ninguna pieza rota y pudieron ponerlo en pie. Subieron a él y reemprendieron el camino, avanzando ahora a mayor velocidad.

A cosa de una milla de los límites del bosque, Edgar detuvo el trote del caballo, desenganchó el carruaje, y una vez libre el animal, le dio una palmada en las ancas para que volviese al parador.

En cuanto al vehículo, ya lo encontrarían al día siguiente. No era fácil que nadie se lo llevase de allí. De este modo obligaba al médico a estar atendiendo a Doris durante toda la noche.

Con las mismas precauciones de antes, el joven penetró en el bosque. No se apreciaba ningún movimiento por allí, lo cual indicaba que la muchacha continuaba sola.

Llegaron sin dificultades hasta el lugar donde la había ocultado.

Pero ahora la muchacha no se encontraba sentada en los troncos, sino que estaba en pie. La perfección maravillosa de su figura se apreciaba en este momento con más detalle, con mayor nitidez. Edgar tuvo la sensación de que nunca había visto a una mujer así, y precisamente por eso decidió apartarse de ella. Una vez eliminados los asesinos que la amenazaban, no volvería a verla más.

Ella giró un poco al oír sus pasos. Sus ojos sin vida se clavaron en la figura del joven. A no ser por la inmovilidad espantosa de aquellos ojos, Edgar hubiese dicho que le estaban mirando.

—Usted es el mismo que me ha cuidado antes, ¿verdad?

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Por su modo silencioso de andar. He aprendido ya algunas cosas, a pesar de que hace poco que no puedo servirme de los ojos, y sé distinguir los amigos de los enemigos.

—¿Y cómo me juzga a mí?

—Como a un amigo.

Edgar sintió una extraña y dulce sensación de calor en el corazón.

—¿Por qué?

—Porque si no fuera un amigo no se habría arriesgado a volver hasta aquí.

—¿Sabe que yo asalté un Banco en Kansas City?

—Sólo sé que trata de ayudarme.

Edgar se mordió los labios.

—Está muy callado —musitó Doris—. ¿Qué le ocurre, Edgar?

—¡Oh, nada! Pensaba en lo extraña que resulta esta situación. Pero no tiene nada que temer. He traído un médico. Acompáñeme, por favor. La examinará en la casa.

Ella suplicó:

—Acérquese.

Edgar Lessing, el que consideraba a sus enemigos como simples figuras para tiro al blanco, se acercó unos pasos tímidamente. Por primera vez en su vida se sentía confundido. Por primera vez en su existencia le faltaba la serenidad.

Ella, muy suavemente, pasó sus dedos por el contorno poderoso de su pecho.

—Ahora recuerdo que eres un verdadero gigante… —musitó.

Edgar sólo supo contestar:

—Cuando estés curada, aléjate de mí, muchacha.

—¿Por qué?

—Las pocas mujeres que ha habido en mi vida han sido poco felices. No quisiera que siguieras su camino.

Ella le pasaba ahora delicadamente los dedos por el rostro, sin darse cuenta de la muda presencia del médico y de Tucker.

—Debes ser muy joven…

—Veintiséis años.

—¿Cómo te llamas en realidad?

—Edgar Lessing.

—Oí hablar de un pistolero que llevaba ese nombre. Un pistolero que mató a tres asesinos para vengar a una mujer.

—No me alegra recordar eso.

Se alejó de la muchacha. No quería que, por entrar en su ambiente de violencia, ella también acabara como las otras. ¡No quería!

—¿Por qué te alejas? —susurró Doris.

—No sienta bien a la salud el conocerme demasiado. Vamos a la casa.

Penetraron en ella, apoyándose Doris en el brazo de Edgar, y una vez en el interior la hicieron tenderse de nuevo en el lecho. El médico le examinó atentamente los ojos, estudiándolos durante casi quince minutos.

—Las quemaduras no son graves —dijo al fin—. Volverá a ver solo con que mantenga bajados los párpados durante veinticuatro horas. Pero además necesito curar sus heridas. Esta muchacha ha perdido mucha sangre.

Y se disponía a sacar los vendajes de su maletín cuando en ese momento todos oyeron claramente el ruido de unos cascos de un caballo acercándose a la cabaña.

CAPÍTULO XI

Edgar salió. Vio acercarse un caballo montado por una mujer.

Aquella mujer era Susan.

Ella descabalgó, y Edgar detuvo el caballo por la brida mientras la muchacha ponía pie a tierra. Inmediatamente, sin poder disimular del todo su asombro, susurró:

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabías que nos encontrarás en este lugar?

—He seguido vuestras huellas. No era difícil.

—¿A qué has venido?

—Patricia ha puesto dos hombres en vuestro camino para eliminaros. No he podido avisarte antes.

—Con esos dos hombres he tenido ya un encuentro —dijo Edgar en voz baja—. Si te interesan los cadáveres hallarás los suyos no lejos de aquí.

—Edgar…

Ella se había acercado un poco más, y su rostro parecía envuelto en el misterio de la noche.

—Edgar, tú no eres el hombre que todos creíamos —susurró—. Nos has estado engañando.

—¿Engañando en qué sentido?

—Decías que estabas en la banda de Taylor. Decías también que estabas enamorado de mí…

—Y estuve, efectivamente, en la banda de Taylor.

Susan se mordió los labios, al darse cuenta de que él sólo había respondido a la primera parte de la pregunta.

—Tú no eres un pistolero, sino algo distinto —dijo con un soplo de voz—. Después de lo que te he visto hacer, comprendo que sólo entraste en la banda de Taylor para destruirla.

—No eres tonta, Susan, aunque ahora resulta más fácil ver las cosas.

—¿Eres… un agente del Gobierno?

Edgar movió apenas los labios al contestar:

—Sí. Soy un federal. Hace ya años que lo soy, incluso cuando maté aquellos hombres que te habían ultrajado.

—Yo creí que lo hiciste porque… estabas enamorado de mí.

—Te conocía desde niña —musitó Edgar—. Y lo que sentía era amistad, no amor, aunque por ti era capaz de matar. Pero entonces ya era un federal que buscaba entrar en la banda de Taylor para destruirla. Al fin lo conseguí, y peleé por ellos como un forajido más, aunque sin matar directamente a nadie. Para reforzar mi posición dentro de la banda, te escribí cuando se planeó el asalto al Banco, diciéndole que nos casaríamos en cuanto el golpe saliese bien, y que nos encontraríamos aquí, pero que disimularas y fingieras odiarme. Yo sabía que Taylor hacía leer todas las cartas. De este modo aparecería a sus ojos como un pistolero ansioso de enriquecerse, capaz de todo por un puñado de dólares que le harían conseguir a la mujer amada.

Dos lágrimas brillaron en los ojos de Susan.

—Entonces…, entonces no era cierto que estuvieras enamorado de mí…

—Deseaba sólo protegerte y desorientar a Taylor, Susan. Si me esperabas a mí no te dejarías engañar por otro. Desde que murieron tus padres, tú has ido un poco de tumbo en tumbo, Susan. Yo no quiero que te ocurra nada malo y…

—Edgar —jadeó ella—, desde que estoy en el parador me ha pretendido el hermano de Patricia, la dueña. ¡No quiero que me dejes volver allí! ¡Es horrible! Pero él tiene pistoleros. Si hubieran seguido mis pasos, si estuviesen cerca de aquí…

Como si eso fuese una señal, en aquel instante se oyó una voz:

—¿Mucha plática, amigos?

Los ojos verdes de Edgar envolvieron en una mirada de indiferencia a los cuatro tipos que habían aparecido entre los árboles.

—¿Por qué?

—¿No sabes que a los que roban ganado de otros se les llama cuatreros?

—¿Y qué tengo que ver yo con los que roban el ganado de otro?

El pistolero que antes había hablado sonrió sarcásticamente.

—Esa mujer a la que estás hablando lleva ya el hierro con la marca del patrón. Es suya.

Susan contuvo un gemido, y los verdes ojos de Edgar brillaron peligrosamente.

—¡Retira eso!

—Yo no tengo nada que retirar, amigo. Yo no he puesto la marca a esta mujer. Se la puso el patrón. Y como es ganado suyo, yo he de procurar que nadie se lo robe.

—¿Qué edad tienes? —preguntó Edgar.

—Veinticinco años.

—Has vivido bastante.

El otro palideció. Las palabras habían sido pronunciadas con tanta seguridad que sintió un escalofrío. Parecía como si Edgar ya le hubiese visto encerrado en el ataúd.

—No me gusta matar a los pistoleros a sueldo —silbó Edgar—, sino a los que los pagan. Pero contigo es distinto porque tienes madera de asesino y de cobarde. Si te dejo vivir llegarías a ser como tu patrón. Voy a demostrarte que yo también sé marcar las reses. Tengo una marca que se graba con plomo.

El pistolero retrocedió dos pasos. Edgar advirtió:

—Te voy a matar con la izquierda, y las balas subirán en diagonal por tu tronco. Procura no perderte detalle.

—¡Yo seré quien te mate!

«Saco» con una velocidad de pesadilla, pero Edgar, quien no había perdido su sonrisa, fue más rápido. Sus nervios estaban templados. Extrajo el revólver e hizo con él algo temerario, que consistió en enviar a la cintura de su enemigo, hacia el lado derecho, una bala que no podía ser mortal, dándole así tiempo para disparar. Pero el impacto hizo doblarse al pistolero, quien recibió instantáneamente dos balas más, en diagonal, hacia arriba, buscando su corazón. Cuando pudo hacer fuego con un movimiento espasmódico, ya su revólver estaba muy bajo y las balas se clavaron en el suelo, junto a las botas de Edgar. Éste no se movió una sola pulgada. Disparó una bala más y ésta penetró recta en el corazón de su enemigo.

Pero Edgar no se entretuvo en verlo caer.

La escena había sido tan rápida que los otros pistoleros no habían reaccionado aún. En el momento en que aquella bala penetró en el corazón, uno de ellos salió de su marasmo.

Edgar se arrojó a tierra y dio dos vueltas por el suelo. Las balas, junto a él, picotearon el polvo. Vio a un enemigo que corría a parapetarse tras un árbol, disparando aún, y le envió dos balas en línea recta a la cabeza. El pistolero se detuvo en seco y cayó vertical, sin tiempo siquiera para agarrotar los dedos.

Los otros dos habían disparado ya con sus revólveres, corriendo a su vez para parapetarse. Edgar rugió:

—¡Quietos!

Quedaron clavados como estatua en el centro del claro del bosque. En un terrible momento de indecisión, no se atrevían a disparar ni a enfundar sus revólveres, Edgar les solucionó el problema.

—Largos. Aún podéis vivir. Pero si vuelvo a veros por el bosque o por cualquier otro rincón de este mundo os desharé la cabeza a balazos.

Los dos hombres permanecieron indecisos un momento. Susan, a espaldas a Edgar suplicó:

—No dispares. Han matado ya al jefe, el hermano de Patricia.

—No pienso disparar.

Uno de los pistoleros, al oír aquello, se animó. Quiso ser rápido y ganar la partida por una décima de segundo. Edgar le atravesó la mano derecha con un certero balazo, pero sin matarle.

—¿Quieres otra? Sé de algunos lugares donde las balas duelen más, amigo. Y por ahora tengo proyectiles.

—Tú has ganado por esta vez, Lessing. Pero ten por seguro que te mataremos.

—¡Largo de aquí!

Los dos hicieron ademán de enfundar sus armas, pero en realidad trataron de apretar sus gatillos. Edgar, que temía algo parecido, los eliminó de dos balas en la cabeza.

Necesitaba recargar sus armas, pero no se dio prisa. Creía estar ya libre de enemigos.

Fue en este momento cuando otra voz dijo entre los árboles:

—Quieto, amigo. No llevas ya balas en el revólver, pero vas a soltarlo a pesar de todo. Alza las manos solamente y vuélvete. Fuera

de eso ningún movimiento. Nosotros no vamos a ser tan imbéciles como esos cuatro.

CAPÍTULO XII

Edgar obedeció. No tenía otro remedio.

Dos tipos armados con «Colt» brotaron entonces de entre los árboles. Eran dos individuos cuya fotografía había visto.

Edgar en los pasquines muchas veces: Luke Morton y Albert Cazou.

Morton se acercó y propinó al joven un culatazo tras el pabellón de la oreja. Edgar sintió un vivísimo dolor y casi cayó de bruces sobre la hierba.

—¿Qué te pasa, Edgar? —sonrió el pistolero—. ¿Es que te mareas?

—Vamos a zanjar este asunto de una vez y para siempre. No me gusta dejar las cosas a medio hacer —dijo Cazou.

—¿Qué asunto? ¿Qué cosas? —preguntó burlonamente Edgar, irguiéndose de nuevo.

—No sé si te habrás dado cuenta de que molestas. Has traído aquí un médico para que curase a la única superviviente del asalto a la diligencia. Y es ella la que debe tener el cheque.

—Me doy cuenta de que soy muy molesto para una determinada clase de hienas —sonrió Edgar.

—¡Atízale otra vez, Morton!

El pistolero levantó la culata y la aplastó de nuevo a punto de romperle más de una vértebra. Edgar gimió y se bamboleó otra vez.

Ahogando un gemido, Susan retrocedió hasta la pared de la cabaña.

—¿Qué tal, señor Lessing? —preguntó entonces Cazou—. ¿Empieza a darse cuenta de cuál es la verdadera situación?

—No.

—Voy a invitarte a que entres y te lo explicaré. ¿Por qué no te

pones cómodo en la casa? Tengo la sensación de que tú y yo, honorable caballero, vamos a ser grandes amigos.

—Lo somos ya, Cazou.

Y fue a volverse, dispuesto a intentar cualquier cosa, pero algo muy duro se abatió sobre su cabeza. Se doblaron sus rodillas y cayó al suelo sin lanzar un solo gemido. Antes de que llegara a desplomarse por completo, la culata golpeó otra vez su cráneo.

Los dos hombres saltaron inmediatamente sobre él con los revólveres amartillados.

Cuando Edgar recobró el conocimiento, casi en seguida, lo estaban empujando hacia la puerta de la cabaña. Parpadeó al recibir de pleno sobre sus ojos un chorro de luz, y se dio cuenta de que la puerta ya estaba abierta.

Le habían atado las manos y le habían despojado de su cinta canana. Pero, aun así, los dos hombres lo sujetaban para que no pudieran hacer un solo movimiento.

—Adelante —dijo una voz—. Mueve los remos.

Edgar echó a andar con alguna vacilación. Notaba que toda la cabeza le zumbaba aún a causa de los golpes. Entró en la cabaña y se dio cuenta de que Tucker, el médico y la muchacha seguían allí. Tucker se hizo a un lado para dejar pasar al grupo. Por el orgullo con que sus aprehensores caminaban, haciendo tintinear las espuelas, Edgar se dio cuenta de que aquellos tipos debían considerarse los verdaderos dueños de la situación, y que no temían ya que algo pudiera fallarles.

Los dos pistoleros que empujaban a Edgar, lo arrojaron casi encima de la mesa.

El joven, volviéndose, miró a los ojos a los dos hombres. Eran unos tipos que no tendrían más allá de treinta y cinco años. Tenían los párpados un poco caídos, los labios doblados en una muesca de asco. Parecía como si les diese asco todo: lo que miraban, lo que tocaban, lo que sentían. Igual que si estuviesen en un trono inaccesible y todo lo demás, por debajo de ellos, no fuese más que miseria.

—¿Sabes dónde está el cheque? —preguntó Cazou.

Su voz revelaba impaciencia. Una fusta que había ahora en su mano derecha empezó a golpear muy suavemente el borde de la mesa.

—Buscadlo. Así podréis entreteneros antes de que os mate.

Cazou se irguió, ciego de rabia, y levantó la fusta con la mano derecha. Pero no llegó a emplearla. Edgar, tomando apoyo con los codos, dio un formidable puntapié a la mesa y la volcó estrepitosamente encima del pistolero. Éste lanzó un aullido de furor, mientras su compañero le retorcía a Edgar los brazos hasta tener la sensación de que iba a rompérselos. El joven se dobló, vencido, exhalando un gemido de dolor.

—¡Quieto, maldito!

Cazou se puso en pie, pálido de rabia. Se había llevado ya la mano al revólver que colgaba de su cinto, pero pareció pensarlo mejor y no finalizó el movimiento. Le convenía, no sólo deshacerse de aquel hombre, sino averiguar el paradero del cheque que significaba un millón de dólares. Y no conseguiría nada de eso si se dejaba dominar por los nervios.

—¡Ésta es tu última bravuconada, Lessing! ¡No le suelte los brazos!

Luke Morton no necesitaba esa orden. Apretaba con tal fuerza que Edgar tenía que dominar los gritos de dolor que pugnaban por salir de su garganta. Tenía que estar inclinado hacia delante, tal era la posición en que le mantenían los brazos.

El médico y Tucker no se atrevían a moverse. Doris, aunque no veía nada, gimió.

Cazou se acercó de nuevo a Edgar y le conectó un cruzado al mentón lanzándolo contra la pared frontera, al soltarlo Morton.

Envió inmediatamente un salvaje rodillazo al estómago de Edgar, que continuaba aturdido e indefenso. El joven se estremeció transido de dolor. Luego le propinó un tremendo gancho al mentón, obligándole a levantar la cabeza. Cuando Edgar la volvió a dejar caer, abatido, Cazou le propinó un nuevo rodillazo, pero éste mucho más doloroso que el anterior, porque fue directo a la cara.

—¡Haré que hables! ¡Te destrozaré a golpes! ¡Te haré desear la muerte mil veces antes de que te cosa a balazos!

Levantó la mano, y la hubiera dejado caer sobre la nuca del joven de no haberse movido en este momento Tucker. Cazou miró hacia allí e hizo descender la mano poco a poco, mientras una sonrisa de suficiencia distendía los labios.

Tucker miraba a Albert Cazou. Su expresión no reflejaba

contento ni disgustó alguno. Era tan indiferente como la de un hombre que está dormido.

—Déjele —suplicó el borracho—. Soy culpable de todo esto. No le atormente así.

Cazou lo contempló con una sonrisa helada.

—Ya tendrá usted su premio, viejo borracho. Ahora cállese.

—No me gusta que maltraten así a un joven.

—¿Y el tal Stockton el que murió en la diligencia? ¿Cree que acabó sin sufrir?

—Eso es asunto pasado.

—Lleva usted su muerte en la conciencia igual que nosotros, Tucker, viejo canalla. Por cierto, he averiguado en el parador, hablando con un viejo notario que por casualidad había ido a dormir allí durante un viaje, que el chico no se llamaba Stockton. Fue recogido cuando era un niño junto a una casa derribada, y se llamaba Charley. El viejo Stockton llegó a saber eso y lo dejó dicho en su testamento, aunque el chico lo ignoraba.

Tucker parpadeó un momento.

Fue solo un momento.

Nadie notó que ocurriera nada dentro de él.

Pero en su corazón algo murió, algo se deshizo de repente. Porque en su vida de jugador, de borracho, de perdido, habían existido algunas víctimas inocentes. Y una de ellas, a la que siempre recordaría era su hijo Charley, el que abandonó junto a una casa derribada…

Hacía algunos años de aquello, muchos. Pero en ese momento el viejo borracho sintió como si un puñal al rojo le desgarrase las entrañas.

Nadie lo notó, sin embargo.

—Usted, doctorzuelo, lárguese —dijo Luke Morton mirando al médico—. Vaya al parador y llévese a Susan. ¡Ah! Diga también a Patricia que su hermano no volverá nunca más, pero que ajustaremos las cuentas al hombre que lo ha matado.

—Susan… —musitó Edgar—, obedece… ¡Obedece y no temas nada! Yo saldré vivo de aquí y te salvaré estés donde estés… Dile también a Patricia que en cuanto yo haya terminado con esos hombres su imperio habrá terminado también.

Susan intentó decir algo, pero el médico, muerto de pánico, se la

llevó casi a rastras.

Albert Cazou fue a levantar de nuevo la fusta sobre Edgar, al quedar allí solos la ciega y Tucker.

Edgar tuvo entonces una reacción que nadie esperaba ya. De repente, movió ambos brazos y pudo romper las ligaduras de nudos mal hechos que le sujetaban. Trató entonces de dar media vuelta y llegar hasta la puerta, pero Morton le hizo la zancadilla con el pie. Edgar no pudo evitar la caída y rodó por el suelo de forma aparatosa. Quiso levantarse, llevándose ambas manos al costado dolorido, pero un jab de izquierda lanzando por Cazou le hizo rodar nuevamente por encima de las tablas que formaban el suelo. Después de aquel esfuerzo no fue capaz de reaccionar nuevamente y varias manos cayeron con violencia sobre su rostro, sus brazos y sus hombros. A empujones fue colocado otra vez en pie, y Cazou se situó frente a él.

—¡Rómpele los brazos! —gritó éste a su compañero—. ¡Rómpeselos de una vez!

Morton empezó a realizar la tensión apretando los dientes a causa del esfuerzo, pero Tucker gritó:

—¡Quietos! —Y luego se volvió hacia Cazou—. ¡Si le matan nunca podrán saber dónde está el dinero!

Morton se volvió hacia Doris lentamente. En sus ojos brillaba como una lucecita diabólica.

—¡Puede que lo tenga ella entre sus ropas! —gritó—. ¡Hay que averiguarlo!

Se arrojó sobre la ciega. Edgar trató de defenderla, pero no tenía fuerzas. Había quemado sus energías en aquel último y terrible combate. Albert Cazou lo derribó de un puntapié.

Las manos brutales de Luke Morton arrancaron de dos tirones el vestido ensangrentado de Doris y lo lanzó a las débiles llamas que crepitaban en la chimenea. Se puso a reír como un loco pensando en la deliciosa que sería aquella muchacha una vez le hubiera despojado de sus ropas. Debía llevar el cheque mucho más escondido. No se dio cuenta de que las llamas del hogar habían crecido de repente, quemando las ropas…, ¡y un pequeño papel rectangular que la sangre había pegado a ellas!

Lanzó un grito y se precipitó hacia las llamas lanzando un diabólico alarido.

Pero ya era demasiado tarde.

Albert Cazou se mordió salvajemente los labios y trató de serenarse. Luke Morton, abrasándose las manos, pero sin darse cuenta de ello, trataba de salvar lo inevitablemente perdido.

Un odio frío y mortal se estaba apoderando de los dos pistoleros.

Habían fallado sus planes, pero no se irían de allí sin vengarse y sin dejar tras sus pasos una estela de sangre y de muerte.

CAPÍTULO XIII

Luke Morton apartó sus manos casi chamuscadas del fuego mientras lanzaba un alarido. Sus ojos estaban desorbitados, y en estos momentos parecía un auténtico loco. Lanzó rugidos ininteligibles, como de fiera acorralada, mientras retrocedía hasta dar sus espaldas con una de las paredes del fondo.

—¡Todo perdido! —gritó después de respirar angustiosamente—. ¡Un millón de dólares perdidos entre las llamas!

Albert Cazou, más reflexivo, miraba ceñudo la pequeña fogata. Por detrás de sus ojos sombríos parecía pasar algún terrible pensamiento.

—No habrá más remedio que resignarse —dijo al fin—. Ahora ya no habrá quien cobre ese cheque y es inútil perder el tiempo en lamentaciones. Pero esto no significa que dejemos las cosas así. Si el golpe ha fracasado, al menos que no queden huellas a nuestra espalda.

Luke le miró de una forma extraña, como si no le hubiese entendido.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos a divertirnos, muchacho. El fuego que se ha tragado el cheque me ha dado una idea. Haremos que esta cabaña arda como una antorcha.

—¿Con ésos dentro?

—Con ésos dentro, precisamente. Ahí está la diversión.

—Saldrán —gruñó Luke.

—Entonces les coseremos a balazos. Nosotros vamos a aguardar fuera, y al que atraviese la puerta lo cribamos. Pero me gusta la idea del incendio. Si el fuego nos ha hecho perder un millón, que se lleve al infierno a estos tres.

Dio un puntapié a las ropas todavía llameantes, haciendo que cayeran debajo de una de las camas. Ésta comenzó a arder casi inmediatamente, levantando una espesa humareda.

Los ojos de Tucker giraron desorbitados por el interior de la cabaña. No había allí una bomba de agua ni la menor gota de líquido. Ninguna posibilidad tenían, de sofocar el incendio. Tendrían que morir abrasados o cosidos a balazos en cuanto atravesasen la puerta.

Luke Morton y Albert Cazou salieron precipitadamente. A la vista del incendio y de la muerte que aguardaba a sus tres prisioneros, parecían haber olvidado la pérdida del cheque de un millón de dólares. Una vez en el exterior, cerraron la puerta y amartillaron sus revólveres.

Mientras tanto, dentro de la cabaña, la cama ardía ya como una tea. Doris sentía el calor en su rostro en forma de mil diminutos pinchazos, pero no se atrevía a moverse porque seguía con el vendaje en los ojos y temía caer entre las llamas. Sus manos tentaron desesperadamente el aire, buscando a Edgar.

Éste se incorporó lentamente, haciendo esfuerzos por no caer de nuevo, y sus ojos pasearon por la reducida cabaña, que ya empezaba a ser presa de las llamas por todas partes. Se dio cuenta de que no había posibilidad de atajar el incendio, y de que sólo quedaba una hipotética salida: una pequeña ventana precisamente junto a las llamas. Era posible que los forajidos la hubiesen olvidado, Obsesionados por la pérdida del cheque, o era posible que uno de ellos se hubiera situado precisamente allí. Pero era una remota posibilidad de salvación.

Para aprovecharla, era necesario que alguien distrajese a los dos forajidos desde la puerta. De lo contrario se darían cuenta de la existencia de la ventana, si es que la habían olvidado antes.

Vio que Tucker miraba obsesionado las llamas, con los ojos abiertos como los de un loco.

—Tucker —susurró—, salga usted con Doris. Yo abriré y cerraré varias veces la puerta, como si no me atreviese a trasponer el umbral. Eso les distraerá mientras las dos saltan por la ventana. Pero póngase en movimiento en seguida… ¡Las llamas van a llenarlo todo!

Tucker seguía mirándolo todo como un obsesionado. Parecía no

oír.

—Edgar, quítame estas vendas de los ojos…

La voz de Doris era como un susurro junto a él. Como la última cosa dulce que oiría en esta vida.

—Quítame estos vendajes, te lo suplico…

—¿Para qué?

—Quiero verte antes de morir…

Edgar se mordió el labio inferior. Era arriesgado. Doris se exponía a quedar ciega para siempre. ¿Pero y qué? ¿No estaba expuesta también a quedar carbonizada en unos pocos minutos?

No fue eso, sin embargo, lo que decidió a Edgar.

Fue su voz.

Aquella súplica dulce, que parecía venir de muy lejos… Aquellas palabras que quizá ya nunca más volvería a oír.

Suavemente, mientras sentía crepitar las llamas a su espalda, retiró los vendajes que cubrían los ojos de Doris. Sus dedos no los dejaron en seguida al descubierto, sino que los taparon unos segundos mientras el rostro de Edgar se aproximaba al de la mujer. Algo que no había sentido nunca —un deseo lejano de ternura y de amor—, se apoderó de él en aquellos instantes, cuando a sus espaldas crepitaba la muerte. Era lo mismo que sentía Doris. Lo mismo, que impulsó a la muchacha a cerrar los brazos en torno a su cuello y apretarle los labios con los suyos, teniendo cerrados los ojos.

Cuando los abrió, vio las llamas muy cerca de ambos. Pero ni aun esa impresión horrible le privó del gozo tan sencillo y tan sublime de volver a ver, de saber que sus ojos podían recibir nuevamente la luz.

De repente los cerró, y sus labios temblaron dejaron de besar los de Edgar.

¿Qué significaba aquello? ¿Por qué Tucker avanzaba con las facciones demudadas? ¿Qué era lo que esgrimía en su mano derecha?

Demasiado tarde se dio cuenta.

El golpe del atizador de chimenea retumbó en el cráneo de Edgar. No fue un golpe mortal, pero estuvo sabiamente propinado para privar al joven del conocimiento. Edgar cayó pesadamente, sin darse cuenta de lo que sucedía. Y Doris se llevó ambas manos a la

boca, susurrando:

—¡Dios mío!

Creyó que Tucker iba a golpearla a ella también. Le pareció leer en sus ojos como un frío designio de muerte.

—¡Canalla! —gritó—. ¡Canalla!

—No merezco otra palabra —susurró Tucker—. Es justo que oiga ese insulto en el momento de morir. ¡Vamos, salga!

Doris sentía vértigo. Tenía la sensación de que todo aquello era una cosa irreal, una horrible pesadilla.

—No entiendo… —musitó.

—Aún cabe una posibilidad si alguien les distrae desde la puerta. ¿No se da cuenta? ¡Esa ventana!

Doris no entendía.

Las llamas crepitaban, lo iban envolviendo todo…

Cerca de la puerta se oyeron las risotadas de los dos pistoleros. Eso significaba que estaban allí y que esperaban verles aparecer en el umbral, quién sabe si envueltos ya en llamas.

—¡La ventana! —jadeó Tucker con los ojos fuera de las órbitas —. ¿Es que no se da cuenta? ¡Ellos no han advertido esa ventana, y aún es posible saltar por ella! ¡Envuélvase en las ropas de la cama y salte!

—Pero usted…

—¡Déjeme a mí! ¡Sólo tengo lo que me merezco!

Y sin gastar más tiempo en palabras puso manos a la obra. La situación se había hecho angustiosa; cada segundo podía ser el decisivo. Tucker cargó sobre sus débiles espaldas el cuerpo de Edgar, haciendo lo que para él significó un esfuerzo sobrehumano, y se acercó a la pequeña ventana, pisando materialmente las llamas. Para arrojar por encima del alféizar el cuerpo inanimado del joven tuvo que reunir todas sus fuerzas, e incluso gritó a causa de la terrible sacudida de sus músculos. Luego se volvió hacia Doris, que se había envuelto con las ropas del lecho y estaba como paralizada en el centro de la cabaña.

—¡Vamos! ¡Pronto!

—Pero usted… —repitió Doris.

—¡No se preocupe por mí! ¡Salté!

Doris, acorralada materialmente por las llamas, saltó. Vio junto a una de las paredes de la cabaña el cuerpo de Edgar, y lo arrastró

trabajosamente para que no le aplastaran los troncos llameantes cuando el pequeño edificio se derrumbase.

Dentro quedaba Tucker. Y por primera vez, a pesar de saber que le aguardaba una muerte horrible, su rostro era el rostro de un hombre feliz.

Sí, cada uno tenía al fin lo que se merecía. Y Tucker aceptaba con alegría la hora de la Gran Justicia.

Pero aún no estaba todo terminado, aún necesitaba acaparar la atención de Luke Morton y de Albert Cazou para que no se diesen cuenta de la fuga. De modo que abrió la puerta y salió, gritando como un loco, mientras las llamas prendían ya en sus ropas:

—¡Salid! —rugió, mirando hacia la cabaña, como si Edgar y Doris aún estuviesen dentro de ella.

El grito desorientó a los dos pistoleros, pero hasta sin él se hubieran sentido desorientados igual. Porque aquella antorcha humana venía hacia ellos. ¡Venía hacia ellos en línea recta, buscando envolverles en un abrazo mortal!

Fue Cazou el que disparó primero, tirando recto al corazón de Tucker.

Pero la bala no detuvo a aquella tea viviente. Un loco frenesí, una energía sobrehumana, movía ahora al viejo abogado jugador y borracho. Se arrojó sobre Cazou, abrazándole, y el pistolero soltó su revólver con un alarido. Tucker saltó hacia atrás, se apoderó del arma y con su insegura mano derecha disparó dos veces sobre la cabeza de Albert Cazou, que estaba casi encima de él sacudiéndose las ropas para apagar las llamas.

La cabeza del pistolero saltó hecha pedazos. Luke Morton se volvió hacia Tucker, que le apuntaba ya mientras aullaba y se retorcía de dolor.

Los dos tiraron a la vez.

Morton se retorció, alcanzado mortalmente en la garganta, mientras Tucker recibía plomo en el corazón. Para él aquella bala fue una bala compasiva. Sus labios casi sonrieron mientras musitaba:

—Gracias… Muchas gracias…

Y cayó muerto.

* * *

Cinco minutos más tarde, Edgar recobró el conocimiento. Ayudado por la muchacha recorrió el escenario de la mortal batalla.

Los cadáveres retorcidos destacaban siniestramente sobre la hierba, a la luz de las llamas.

—Tendrás que vestirte las ropas de uno de esos pistoleros —musitó Edgar mirando a Doris—, hasta que lleguemos a un lugar civilizado. Pero ese pobre Tucker… ¡Dios mío! Ha tenido una muerte horrible.

Hizo girar su cuerpo. Estaba contorsionado, pero el rostro del viejo borrachín reflejaba, caso increíble, una expresión de felicidad.

—No lo entiendo… —susurró Edgar—. Cualquiera diría que ha muerto contento… ¿Pero por qué nos ha salvado a costa de su vida? ¿Por qué?

—No lo sabremos nunca… —musitó Doris.

No. Nunca lo supieron.

No lo supieron entonces ni unos meses más tarde, cuando se unieron en matrimonio muy lejos de allí. Ni cuando nació su primer hijo. No, no lo supieron nunca.

Pero el viejo borracho Tucker, en el Más Allá, sí que lo sabía.

EPÍLOGO

No es posible terminar por completo la historia de Edgar Lessing sin explicar, aun cuando sea brevemente, lo que fue del antro de perdición que gobernaba Patricia, bajo la falsa apariencia de un parador adónde iban a beber unas copas los ricos ganaderos y hacendados de las poblaciones vecinas, principalmente de la tumultuosa Kansas City.

Patricia había organizado allí un verdadero imperio, que dirigía con mano dura e inflexible. Ningún crimen le parecía censurable si con ello conseguía dinero, y los peores pistoleros de Kansas eran para ella angelitos si llevaban en las manos el producto de un buen golpe.

En aquel parador, precisamente por ser un lugar discreto, se reunía todo, el hampa de aquella parte del Estado. Hasta algún juez y algún *sheriff* lo visitaba de vez en cuando, tratando de pasar desapercibido, y jamás se dio el caso de que alguien denunciara lo que había visto allí. En realidad, todo había marchado espléndidamente para Patricia hasta que Edgar puso los pies en su imperio.

Edgar, después de librarse de la muerte en la cabaña, comprendió que su deber era denunciar lo que ocurría en aquel antro, pero guardó silencio. No podía exponerse a que cualquier comisario poco cuidadoso organizase allí un tiroteo que podía costar la vida a Susan y algunas de las muchachas que trabajaban en el local.

Lo que hubiera que hacer tenía que hacerlo solo.

Cuando él y Doris consiguieron llegar a Kansas City después de galopar en los caballos que Morton y Cazou habían dejado en el lindero del bosque, lo primero que hizo fue preocuparse de que otro

médico hiciese una nueva cura a la muchacha. Y luego se presentó al comisario, que ahora significaba la ley en la ciudad.

El comisario le miró como quien ve visiones.

—¿Cómo se atreve? ¿Está loco? ¿No es usted uno de los que asaltaron el Banco?

—Sí.

—¿Y se atreve a presentarse en Kansas City? ¿Cree que aquí no tenemos horcas?

—Debieron emplearlas hace ya algún tiempo, no ahora. Pero no he venido a hacer reproches.

El comisario extrajo instantáneamente su revólver.

—¡Sólo eso faltaría!

—No se precipite, amigo. Tengo por lo menos un testigo que puede acreditar cuál era la relación que me unía a la banda de Taylor.

—¿Quién es ese testigo?

—Doris, la muchacha que entró en el Banco mientras éste era asaltado por Taylor y sus hombres, entre los cuales me contaba yo.

—¿Pienso que voy a tragarme el testimonio de una mujer? ¡Quieto! ¡No se mueva!

Giró amenazadoramente el revólver al notar el leve gesto de impaciencia de Edgar.

—¡No te mueva! —repitió. Y añadió en seguida—: Diga; ¿cree que voy a tragarme de pe a pa las palabras de una mujer? Tendrán que ser confirmadas por los hombres de Taylor. ¿Y dónde están los hombres de Taylor ahora?

—Están muertos.

El comisario tragó saliva.

—Menos usted.

—Menos yo, por la sencilla razón de que yo no soy exactamente uno de los hombres de Taylor.

—Su sola palabra no me sirve. Tampoco me va a servir la declaración de una mujer, aunque ésta sea tan respetada en toda la ciudad como lo es Doris.

—Tengo otro testigo.

—¿Sí? ¿Quién?

—El gobernador del Estado.

—¡Absurdo! ¿Me toma por idiota?

—No le tomo por nada. Sólo ocurre que soy un agente federal y estoy dispuesto a demostrarlo.

El comisario tragó saliva otra vez, pero su revólver no se movió una pulgada.

—Los federales suelen llevar una credencial que los identifica. A ver la suya.

—¿Cree que iba a llevarla después de estar tanto tiempo en la banda de Taylor? ¿Acaso imagina que esos granujas eran tan cándidos como niños recién nacidos? Sé que lo menos registraron mis ropas en cuatro o cinco ocasiones, mientras me bañaba. No se fiaban de nadie.

—Como tampoco me fío yo.

—Hace bien. Pero no podemos perder más tiempo en esta charla, ya que mi trabajo no ha concluido aún. ¿Puede visitar al gobernador?

—Claro que sí.

Pero en seguida el comisario añadió recelosamente:

—Esto me huele a trampa.

—No sea niño. Puede encerrarme, en una de las celdas mientras el propio gobernador me identifica. Incluso a estas horas se molestará en venir para una cosa así, y a mí no me sentará mal echar un sueñecito, aunque sea dentro de una celda.

El comisario le miró recelosamente durante unos segundos, pero al fin se decidió. Aquel hombre sólo le pedía ser metido en una celda, que era lo que él hubiese acabado haciendo de todos modos. Y por eso accedió, mientras acercaba más el revólver.

—Adelante.

—¿Cuál va a ser mi celda?

—La de la derecha, la que está abierta.

Edgar entró en ella, se dejó caer en el camastro y quedó dormido como un tronco aun antes de que el comisario cerrase la puerta de gruesos barrotes.

Tenía la sensación de que acababa de dormirse cuando el propio comisario le despertó, pero ahora sin llevar el revólver en la mano.

—¡Eh, amigo! ¡Levántese! ¡Han transcurrido ya dos horas!

Edgar se desperezó, sintiéndose más cansado que al empezar a dormirse. La celda entera parecía darle vueltas en derredor suyo.

—Ha estado aquí el gobernador —dijo el comisario

respetuosamente—. Yo creo que nunca había puesto los pies en una celda, porque el tío ha entrado sacudiéndose el polvo como si esto fuera una pocilga. Pero le ha reconocido. ¡Vaya si le ha reconocido! ¡En seguida!

—Tuve que presentarme en secreto a él antes de iniciar mi trabajo —dijo Edgar.

—Muy bien, ya está libre. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Primero señalarle en un plano los lugares donde pueden encontrar los cuerpos de Taylor y sus forajidos, junto con los de la peligrosa banda que logró reunir Stanley Burns. He de indicarle también el lugar donde pueden encontrar la diligencia asaltada.

—Tienes razón. Hay patrullas buscándola por todas partes.

Edgar señaló las zonas en un plano de la región, y el comisario tomó notas para luego repartir órdenes a sus subordinados.

—¿Y usted, qué hará? —preguntó luego, mirando a Edgar.

—Yo voy a ir a un parador que está aquí —puso el dedo en el plano—, y el cual conocen bien todos ustedes. Pero voy a ir solo.

—¿Sólo? ¿Está loco? Ese sitio es un garito que las autoridades han tolerado hasta ahora no sé por qué. Le matarán si se pone pesado.

—Me he puesto ya pesado antes, amigo. No tema.

Y montando en el mismo caballo de Morton, Edgar salió hacia el parador. Llevaba en la funda un revólver y en la silla un rifle de largo alcance. Sería suficiente.

Pero nada de esto fue necesario. Cuando llegó al parador, éste se hallaba completamente vacío.

Las huellas de numerosos carromatos iban hacia el norte. Era evidente que Patricia y los pocos sicarios que le quedaban habían abandonado aquello a toda prisa.

Encima de la barra del abandonado saloon, Edgar encontró una carta de Susan, cuya letra reconoció en seguida.

«Patricia ha decidido marcharse de aquí, Edgar, porque sabe que volverás y que esto se pondrá imposible para ella. Yo me voy también, pero en otra dirección. Deseo reformar completamente mi vida y ser lo que tú soñaste que fuera. Ya sabrás de mí. Te

aprecia como tu mejor amiga,

»Susan».

Edgar guardó la carta y siguió lentamente las huellas de los carromatos hasta la frontera del Estado.

Las huellas seguían mucho más allá, perdiéndose en la llanura interminable. Era evidente que Patricia había abandonado para siempre Kansas. Su triste imperio también había llegado al fin.

Edgar respiró tranquilo.

Por fin había terminado su trabajo. Por fin podría dejar de ser un federal para ser sencillamente un hombre.

Volvió a Kansas City.

FIN